



Universidad de Chile
Instituto de la Comunicación e Imagen
Escuela de Periodismo

EL PANGUE

Un poblado en extinción

FRANCISCA VICTORIA VALENCIA VALDEBENITO

MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO DE PERIODISTA

Reportaje, escrito

PROFESORA GUÍA: PASCALE BONNEFOY MIRALLES

**SANTIAGO DE CHILE
NOVIEMBRE, 2021**

*Dedicado a mi padre que nació aquí
Y a todos los que guardan relación con estas tierras
Pero sobre todo a quienes aún las habitan
Y resisten firmes hasta la última gota.*

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	4
UNA COMUNIDAD DE 18 PERSONAS	5
EL PANGUE ES SU NOMBRE	9
HUERTOS Y PENSIONES PARA PARAR LA OLLA	16
UNA SEDE, UNA CAPILLA Y UN CAMINO	21
AGÜITAS DE MONTE	29
2018: SE HIZO LA LUZ Y LLEGARON LOS CAMIONES ALJIBE	34
LA GRAN SEQUÍA	38
AL MAL TIEMPO POCO QUESO	42
TRASHUMANTE DE LA CORDILLERA	47
SOLO BUSCA EL ARRAYÁN	54
LAS CASI EXTINTAS TRILLAS DE EL PANGUE	57
MUCHO RUIDO Y POCAS NUECES	61
UN PROYECTO EN EL OLVIDO: RÍO DE LA UNIDAD	65
PROYECTO CHOAPA	67
BIBLIOGRAFÍA	72

INTRODUCCIÓN

Este reportaje trata sobre una comunidad agrícola de la región de Coquimbo, grande en territorio pero pequeña en habitantes, y que pareciera agonizar lentamente, escondida en medio de la nada. El Pangue es esa comunidad ubicada en la comuna de Canela, y que en la actualidad sufre las consecuencias de la sequía prolongada, el aislamiento y la falta de servicios básicos. Su población, envejecida, pareciera ser el testimonio de un antiguo Chile, rural, campesino, agrícola y ganadero, y que contrasta profundamente con lo que la mayoría considera como desarrollo o progreso.

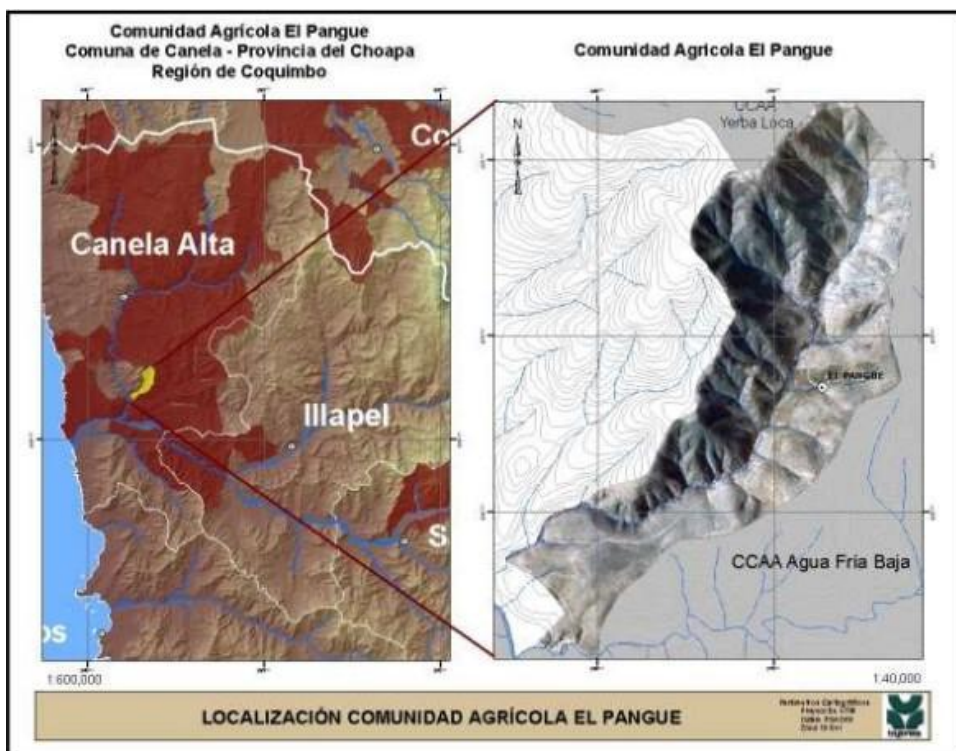
Las razones que motivaron este reportaje fueron sociales, históricas y personales. Sociales al abordar la realidad de una comunidad que carece de servicios tan básicos como el agua potable o el transporte público. Históricas al descubrir la larga tradición que guardan sus habitantes con esas tierras, cuyos asentamientos se remontan al siglo XIX. Y personales debido a lo que me conecta con El Pangue: mi padre, mis tías y tíos, mi abuela. Todos nacidos y criados allá, cuando en El Pangue había agua, y las oportunidades de desarrollo eran, paradójicamente, más que las de ahora. Lo que me lleva a la inevitable pregunta sobre la sobrevivencia de esta forma de vida: ¿Cuál es el destino final de una comunidad que vive de la gandería y la agricultura cuando la tierra se seca?

Para abordar esta investigación realicé diversas entrevistas, tanto a los actuales comuneros como a quienes ya se han ido, y a algunos funcionarios públicos. Uno de los mayores obstáculos de este reportaje fue la distancia geográfica y la imposibilidad de realizar entrevistas telefónicas debido a la mala cobertura del lugar. Pese a esto realicé alrededor de cinco viajes a la comunidad, en los que pude observar, entre otras cosas, probablemente una de las últimas trillas debido a la falta de lluvias. Y leí cuanto documento pudiera acercarme, aunque fuese solo un poco, a comprender las distintas dimensiones que componen la vida de esta comunidad, para entender sus conflictos, y porqué, pese a que todo pareciera estar en su contra, deciden quedarse.

UNA COMUNIDAD DE 18 PERSONAS

A El Pangué no llegan los buses. La única manera de llegar es a través de algún familiar o conocido que tenga relación con esas tierras, perdidas entre cerros de colores gredosos, donde el verde pareciera ser un color exclusivo de épocas anteriores, mucho más benevolentes. Para quienes no lo conocen les resultaría extraño imaginar que entre esos cerros viven todavía personas. Pero las hay.

Tomando la ruta 5 Norte por la costa, pasando por Los Vilos, Chigualoco y Huentelauquén, desviándose levemente camino a la cordillera y pasando por las comunidades de Mincha y Agua Fría, se llega a una localidad recóndita, casi desierta y escondida entre los cerros costeros de la comuna de Canela, y que a su vez guarda una herencia campesina que se remonta al siglo XIX.



Fuente: Plan de Desarrollo Comunidad Agrícola El Pangué 2010.

El Pangué es ese lugar, una comunidad agrícola como las muchas que hay en la región de Coquimbo, y en la que actualmente solo viven 18 personas. Es una comunidad donde hasta hace cuatro años ni siquiera llegaban los camiones aljibe para repartir agua y donde la luz eléctrica sigue siendo una implementación novedosa y reciente.

Los caminos entre una casa y otra, alejadas en su mayoría por kilómetros, son de tierra, siempre lo han sido, y parece que siempre lo serán. Los árboles son escasos, dispersos a lo largo del territorio; antes había más pero se han ido secando. Hoy predomina el cactus y los arbustos, mejor adaptados para la sequía, el régimen climático actual. Los veranos son secos y calurosos y los inviernos templados y también secos, pero siempre es ventoso y con neblinas intermitentes debido a la influencia costera. La máxima en verano es de aproximadamente 25°C y la mínima en invierno puede llegar a los 5°C en sus días más fríos, pero la media anual es de entre 16 y 18°C. De noche las temperaturas bajan, refresca, pero no demasiado, solo lo suficiente para tener que abrigarse o prender fuego, nuevamente, gracias a la cercanía de la costa; la oscilación térmica no es tan grande.

No hay jóvenes en El Pangué. Los que en su momento fueron jóvenes hoy se han visto envejecidos con el implacable paso del tiempo, y los realmente jóvenes migraron, se fueron, ya no están. ¿Quién podría culparlos? Dejar un poblado inconexo, en mitad de la nada, donde el agua escasea y los animales se mueren pareciera ser solo un acto de sobrevivencia.

Los 18 que quedan superan todos los 49 años de edad, principalmente adultos mayores. Margarita Carvajal Catardo es una mujer mayor de la que poco se sabe en El Pangué, no guarda mucho contacto con el resto de sus vecinos y asiste poco a las juntas que se realizan en la comunidad. Lo suyo pareciera ser el autoexilio. Dicen algunos de los comuneros que fue una de las últimas personas en adjudicarse un derecho en la comunidad. Si uno se ubica en un mapa su casa sería la primera desde el suroeste y más hacia la costa. Le siguen en esta ruta con varios kilómetros de distancia los hermanos Juan Bernabé y Concepción Silva Carvajal, de 71 y 81 años, respectivamente. Antes Concepción vivía sola en la casa de su difunto padre Pascual Silva, pero debido a su avanzada edad ahora vive con su hermano.

A los hermanos Silva Carvajal les siguen Jacobo Castro Guerra, el Kiko, como lo conocen todos allá, y su pareja Isabel Lemos, la Chavela. Él tiene 54 años y ella 45. Tienen algunos animales, algunas cabras, pero pocas, solo las que la sequía les permite alimentar. Es uno de los pocos que mantiene viva la tradición del queso de cabra en la comunidad. Kilómetros más al noreste y en dirección a la cordillera se encuentra Luis Marino Pereira Pereira. A sus 70 años vive solo en El Pangué, pero no siempre fue así. En la casa de Luis, donde prima el adobe solía haber mucha gente, pero los que antes estaban hoy ya no están, murieron o se fueron. Hoy solo queda él.

La casa de Oriel Astudillo Jorquera, también conocido como Lelo, es la siguiente. Lelo vive solo y a sus 71 años ha sido uno de los que ha podido mantener de mejor manera sus animales, con una inevitable merma debido a la falta de agua, pero aún conservando caballos,

cabras y ovejas. En total tiene unos 30 o 35, y no se comparan a los que tuvo en épocas anteriores, pero podría ser peor. También es de los pocos que sigue esforzándose por sembrar cultivos de estación como la cebada o el trigo. Es de los últimos comuneros que mantiene viva la tradición de la trilla en El Pangue.

Siguiendo unos kilómetros al norte se encuentra la casa de Marta Robles Vargas y su esposo Iván Díaz. Marta tiene 52 años y varios surcos en el rostro, tiene la cara de quien ha vivido mucho, de quien ha ido y venido. Hoy vive junto a su esposo en El Pangue, subsistiendo principalmente gracias a las pensiones por invalidez que recibe cada uno. A tan solo algunos metros de su casa está la de su hermano Pedro Pablo. Algunos le dicen Pedro, otros Pablo; tiene 62 años y junto a su hermana ocupan el terreno que antes era de sus padres. Pedro, al igual que Marta, ha ido y venido, trabajó buena parte de su juventud en el norte y solo hace un par de años -y con la (in)seguridad de un pensionado que trabajó 17 años cotizando en las AFPs- se devolvió a El Pangue para vivir su retiro.

Un par de kilómetros al frente de la casa de Pedro, y atravesando quebradas, se encuentra la casa y terreno de su tío, Hernán Vargas Díaz, de 71 años, y su esposa Nilda Maturana Olivares, de 61. Son de los que conservan más animales en El Pangue y los que todavía en algunos veranos mandan a sus animales a pastar en la cordillera. Fue en El Pangue donde criaron a sus seis hijos, quienes migraron y ya no están con ellos, pero que los visitan seguido. La casa de Nilda y Hernán, a diferencia de varios de los hogares de la comunidad, no es de adobe. Está modernizada, con dos pisos de material sólido, ladrillo. Si no fuera por el corral de cerdos y cabras ubicado fuera de la casa, podría fácilmente encajar en un barrio cualquiera de cualquier ciudad. Muy cerca de la nueva casa, casi como a manera de testimonio, se puede ver una construida en adobe. Ya no viven allí, pero alguna vez lo hicieron. Allí está, casi como un recordatorio, de lo que algunos llaman progreso.

Más al norte viven Rosa Castro Guerra, hermana de Kiko, y Alberto Rojas Puelles. Son pareja, y ambos nacieron en El Pangue. Él tiene 71 años y ella tiene 56, y actualmente es la presidenta de la Junta de Vecinos El Pangue. Alberto y Rosa tienen juntos dos hijos, Rodrigo y Ercilia. Rodrigo tiene 36 años y hasta hace poco vivía en El Pangue. Fue el último joven en irse y con él la juventud de El Pangue.

Ana Olivares vive un poco más al norte, vecina de Rosa y Alberto, casada con Jorge Rojas, hermano de Alberto. En la actualidad vive sola en El Pangue, ya que su marido trabaja lejos de la comunidad.

La ruta de El Pangue continúa con José Camus Robles de 49 años, sobrino de Petronila Robles Puelles, quien prácticamente lo crió.

La última casa habitada, la más cerca de la cordillera, dentro de lo que se puede estar en esos cerros costeros, es la casa del matrimonio de Isidro del Carmen Robles Robles, actual presidente de la Comunidad Agrícola El Pangué, y Felicinda del Carmen Robles Puelles. Ella tiene 70 años y él está llegando a los 71. Crían algunos animales pero con los años malos la ganadería se ha vuelto cada vez menos rentable para las comunidades de secano. Isidro, al igual que Pedro, salió de su tierra natal para trabajar, enfrentado las pocas oportunidades laborales que brindan esos cerros costeros sin mayor derecho a agua que las lluvias y las napas subterráneas. Hasta hace algunos meses en esa casa eran tres: Petronila Robles Puelles, madre de Felicinda, vivía con ellos, hasta el 9 de julio de 2021, cuando murió producto de una severa enfermedad a los 91 años, y consigo se llevó la historia de una generación.

Sobre ellos trata esta historia, sobre ellos y sobre quienes los precedieron. Trata de ellos y ellas, de los que se fueron, de los que se quedaron, de los que murieron. Y de todos los que conocen estas tierras, perdidas entre los valles austeros de Canela, donde las brújulas se pierden y la tierra se seca, donde la sobrevivencia se hace cada vez más difícil para una población envejecida, que vive principalmente de pensiones y de lo que le puedan sacar a los pocos animales que les quedan.

EL PANGUE ES SU NOMBRE

Cuenta la leyenda que el origen del nombre de esta comunidad se debe a una planta que la mayoría de los comuneros no alcanzó a conocer. El pangue, o nalca, es una planta nativa de zonas templadas del centro-sur de Chile y del sudoeste de Argentina. Sus tallos son largos y gruesos y sus hojas verde y grandes como las del plátano, pero con distinta forma. Su hábitat preferente es en lugares sombríos y húmedos, descripción que pareciera guardar poca relación con el clima actual de El Pangue, pero no siempre fue así. Por allá en la década de 1940, cuando las quebradas traían agua y se formaban arroyos, el pangue no era solo un mito. Donde hoy solo quedan hojas secas, tierra y piedras, antes se formaban pequeños pantanos alimentados por cauces de agua que ya no corren, pero que alguna vez lo hicieron.

Si hoy se viese El Pangue desde arriba, con un dron, por ejemplo, lo que predominaría sería la vista de cerros secos que se entrelazan, que en años buenos, años con lluvias, pueden enverdecer durante la primavera. Durante los años malos predomina el café y el amarillo, pero la ausencia de pangue y otras especies vegetales es una constante, en lo que pareciera una extinción gradual de buena parte de la flora en esas tierras.

Si este dron se fuera acercando se verían casas ubicadas a lo largo de la comunidad, más o menos en forma de hilera, las que van marcando el principio y el fin de El Pangue. Algunas están habitadas y otras abandonadas en el tiempo. Sus dueños se han ido o han muerto.

La comunidad es uno de los pocos lugares que conserva la arquitectura de adobe característica de los siglos XVIII y XIX en Chile. Las casas se separan unas con otras por kilómetros, y las familias se organizan en estos territorios. O se organizaban, porque cada vez queda menos gente en El Pangue. Un establo por aquí, un corral por allá, varios de ellos se encuentran sin animales, vestigios de tiempos mejores. Son pocos los que aún guardan cabras y ovejas, las que han ido dejando las malas temporadas y la escasez.

En las últimas décadas el tejido social de la comunidad ha disminuido considerablemente, hasta llegar a lo que es hoy. Si bien hoy son 18, hace algunas décadas eran más de 100 las personas que vivían en este pequeño poblado, si se le puede llamar así, que solo cuenta con una capilla, una sede de reunión y un camino de tierra que los conecta con el mundo exterior.

La historia de El Pangue es una historia única, como la de cualquier otra comunidad, con las singularidades que tiene el propio territorio y su gente. Pero a la vez representa un

pasado común del Chile más rural, el pasado campesino, agrícola y arriero de los siglos pasados, y que pareciera estar en proceso de extinción.

Según el registro del Ministerio de Bienes Nacionales, la comunidad agrícola de El Pangue comprende un territorio de aproximadamente 1077 hectáreas. Pese a lo elevado que puede parecer esta cantidad de terreno, la mayoría corresponde a suelo sin cultivar y sin acceso a riego.

La comunidad no cuenta con derechos de agua, y eso, junto a la sequía sostenida que se ha extendido desde hace décadas, da como resultado que la agricultura de la zona sea escasa, de temporada y de secano, es decir, solamente alimentada por las aguas de las lluvias, que cada vez son menos. Hoy no todos cultivan, pero quienes lo hacen es principalmente para el autoconsumo y el de sus animales. La ganadería caprina y ovina ha sido el principal motor de los comuneros de El Pangue a lo largo de las décadas. Sin embargo, al igual que los cultivos, esta se ha visto disminuida considerablemente.

No obstante, El Pangue sigue considerándose una comunidad agrícola, una forma de organización social y territorial tradicional basada en la tenencia colectiva de la tierra, y que tiene sus orígenes en los tiempos coloniales.

Por disposiciones en la legislación sobre mercedes de tierra en los tiempos coloniales, ningún conquistador podía ser propietario de un valle entero con aguas corrientes, sino solo de una parte. Este es el origen de las comunidades agrícolas de secano, que en palabras simples son lo que sobra de los valles productivos.

Estas tierras fueron habitadas por parte de la población indígena remanente y personas que servían a la corona española, quienes recibieron como “premio” un lugar donde asentarse varios siglos atrás. Los diaguitas eran el pueblo predominante de esta zona, y si bien ninguno de los o las comuneras exhiben apellido indígena, sí recuerdan los rasgos de sus abuelas y abuelos: piel morena, pelo negro, ojos razgados, narices prominentes y orgullosas, que parecieran reflejarse hoy en sus descendientes más mestizos.

Ese es solo el origen histórico de las comunidades, ya que no fue sino hasta 1968 cuando se reconoció su origen legal, a través del Decreto Ley n° 5, donde se validó esta forma de ocupación del territorio.

Actualmente existen 197 comunidades agrícolas en el país. De estas, 187 se ubican en la Región de Coquimbo, siete en la Región de Valparaíso, dos en Atacama, y una en la Región Metropolitana, abarcando en total una superficie aproximada de un millón de hectáreas. El sistema de comunidades agrícolas perdura hasta la actualidad y se calcula que las

comunidades ocupan el 25% de la superficie del Norte Chico, principalmente de la región de Coquimbo.

Familias fundadoras

El presidente de la comunidad lleva sus 71 años bien puestos. Isidro Robles todavía anda a caballo, y así llegó a la entrevista para este reportaje, montando un caballo rubio hasta la casa de Luis Pereira, quien ofreció su hogar como lugar de encuentro. Antes de volver a El Pangue, Isidro estuvo 40 años fuera, por distintas ciudades más al norte y también al sur, pero siempre volviendo. Nunca se desconectó totalmente de la comunidad. Y ya van a ser seis años desde que es presidente de ella.

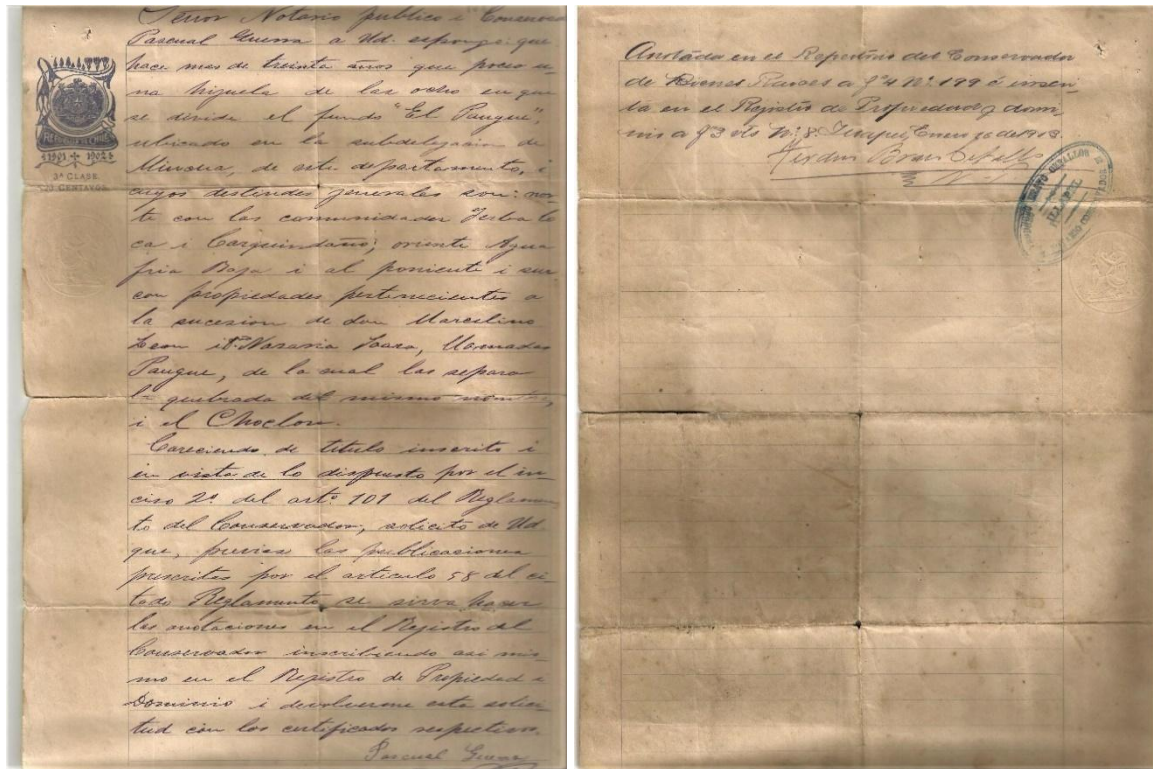
Isidro fue criado por su madre Martina Robles, quien murió en 2019, y también por sus abuelos maternos, quienes llegaron a El Pangue alrededor de 1920, o retornaron, ya que su abuela materna, Julia Puelle Olivares, también nació en El Pangue. Sus bisabuelos maternos, los Puelle, eran de un poco más al norte, entre la zona de Canela, Zapallo y Yerba Loca, y encontraron en El Pangue un lugar donde asentarse, en la búsqueda de más y mejores talajes y pastos para los animales.

Los Puelle, los Jorquera, los Guerra y los Acosta son algunas de las primeras familias que llegaron a vivir en los límites de lo que hoy se conoce como El Pangue. Son las familias fundadoras, por así llamarlas, según los recuerdos y las historias heredadas por quienes viven o vivieron allí, en una época más reciente, que bastante dista de los tratados coloniales de siglos anteriores.

"En principio esta comunidad fue como una toma de los que llegaron aquí primero. Los Jorquera, los Guerra, los Acosta, entre otros. Los Acosta, por ejemplo, se instalaron donde vivimos nosotros ahora. Entonces los Acosta trajeron a los viejitos allí, y los Acosta eran de Huentelauquén. Estamos hablando del año mil ochocientos y tanto, porque mi abuelo llegó acá como a los 18 años y ellos ya estaban acá", cuenta Isidro.

La historia de estas familias, hasta donde se puede rastrear, se remonta por lo menos al siglo XIX. Un escrito público del año 1903 así lo confirma. En él Pascual Guerra exponía que hacía más de treinta años que poseía una de las ocho hijuelas en las que se dividía el entonces fundo "El Pangue", es decir, por lo menos desde 1870. El territorio que allí describe estaba ubicado en la subdelegación de Mincha y limitaba al norte con las comunidades de Yerba Loca y Carquindaño, al oriente con Agua Fría Bajo y al poniente y al sur con propiedades pertenecientes a la sucesión de Marcelino León y Nazaria Sahara.

Pascual Guerra, quien carecía de título inscrito entonces, buscaba que se hicieran las anotaciones en el Registro del Conservador, y se inscribiera su propiedad en el Registro de Propiedad y Dominio con los certificados respectivos. Tener propiedad de la tierra que se habita era una preocupación desde ese entonces para quienes vivían allí.



Escrito Público de propiedad de Pascual Guerra, 1903

Lo anterior se remonta a varias décadas antes de que El Pangue se regularizara como una comunidad agrícola. En 1972, cuando se oficializó la comunidad y se decretaron sus estatutos, todos los escritos como el anteriormente citado quedaron nulos y sin valor. Desde entonces cada habitante que en ese momento se encontraba viviendo en El Pangue y era mayor de 18 años obtuvo un derecho o cuota sobre el terreno común, que los convertía en comuneros y comuneras.

“Lo que pasó fue que algunas casas quedaron con cinco derechos, algunas con cuatro, y así, etc. Lo que se mantuvo fueron los goces singulares que tenía cada uno sobre sus terrenos. Eso lo regularizó Bienes Nacionales, y quienes se inscribieron -que no fueron todos- adquirieron esa ‘escritura de goce singular’. Y ahora, hace unos seis años atrás, se regularizaron las escrituras que permiten afirmar que el terreno donde vive cada uno es suyo, pero limitado a dos hectáreas”, explica el presidente de la comunidad.

La lucha por la propiedad de la tierra, y que se les reconozca como tal, fue siempre importante para los comuneros. Así lo demuestran los diarios de actas de la antigua comunera y ex secretaria de la comunidad, Vitalia Guerra Barrera, que recopilan los temas tratados en distintas reuniones de la comunidad entre los años 1968 y 1990. Entre ellos, uno de los temas principales era el conflicto de límites que tenía la comunidad con un fundo vecino, el fundo Lo Gallardo, y su imperiosa necesidad de defender lo que consideraban propio.

Es en una de estas actas que se bosqueja, luego de muchas reuniones, viajes y juntas que mantuvo la directiva de la comunidad con distintas autoridades, que por primera vez hubo un reconocimiento institucional de la propiedad de la tierra de El Pangué para quienes la habitaban. El acta dice lo siguiente:

“El Pangué 27 de julio de 1973

Acta reunión n°30

Con esta fecha estamos reunidos con el señor jefe de la Oficina de Tierras y Bienes Nacionales de Ovalle, para con él recibir conforme los títulos de la comunidad de El Pangué, que es lo que nos hacía tanta falta para defender los bienes de la comunidad”.

Vitalia estudió solo hasta 2° básico, pero era una mujer decidida y una secretaria comprometida con su comunidad. Tanto así que un par de años antes estaba dispuesta a llegar hasta La Moneda para hablar con el presidente Salvador Allende, con tal de regularizar la situación de su comunidad y defender el territorio. Así lo señala en una de las actas de la comunidad de 1971, titulada *Viaje a La Moneda*:

“En acuerdo con todos los herederos, ahora, y en respuesta de cada cual, todos quedaron de acuerdo de hacer el viaje a Santiago a entrevistarse con el Señor Presidente de la República”.

Había fe en la Unidad Popular. Vitalia ya no está, murió en 2018, pero sus palabras y su sentir quedaron grabados en un libro realizado por el Gobierno Regional de Coquimbo, titulado *Mujer Rural: Experiencias de vida*.

En este libro, que junta el testimonio de múltiples comuneras y campesinas a lo largo de la comuna de Canela, Vitalia recuerda aquellos días de organización con la directiva de la comunidad durante la década del 70 para defender lo que consideraban propio:

“Aquí había el Fundo Lo Gallardo que nos tenía tomada casi toda una parte. Entonces ahí yo me puse en la organización de la comunidad, aquí. Mire, fui secretaria, con lo poco y nada que sabía de lo que yo me había educado, pero había que hacerlo porque no había más. Ahí defendimos la tierra, debo haber tenido arriba de sus 30 años. Y ya desde entonces seguí adelante”.

La Vitito, como le decían sus sobrinos, fue una mujer entrañable, fuerte y decidida. Así lo evidencian sus dichos en aquel pequeño compilado de historias, donde aprovecha de hacer un llamado a todas las mujeres que pudieran leer su relato: “Tenemos que seguir adelante, ser fuerte y aprender cada día más, para poder ser más de lo que somos y, principalmente, a las más jóvenes que saquen la cara por las más viejitas”.

Vitalia junto al resto de la comunidad lucharon y se organizaron para que El Pangué pudiera inscribir su territorio como propiedad comunitaria en el Registro de Propiedad del Conservador de Bienes Raíces de Los Vilos. La inscripción fue tardía, recién en 1996, pero llegó al fin y al cabo. Sin embargo, la organización y las normas de la comunidad estaban planteadas desde 1972 con la promulgación de los estatutos.

Los estatutos estipulan, entre algunas medidas para organizar el territorio común, que se realicen dos juntas generales ordinarias durante el año, en abril y octubre, pero las fechas, según cuentan los comuneros, pueden variar. El documento además fija multas en caso de faltar a estas juntas sin justificación. Sin embargo, esto queda a criterio del directorio de la comunidad, que, pese a las distintas administraciones, siempre ha sido flexible con este tema.

En las juntas se tratan temas que involucran a toda la comunidad, como la elección de directorio, planes de cultivo y aprovechamiento del terreno común, establecer goces singulares nuevos, establecer multas en caso de infracción de estatutos, fijar presupuestos anuales, cuotas personales, cuotas máximas de ganado con derecho a pastoreo en los terrenos comunes y la ejecución de trabajos comunitarios, entre otros temas. Los acuerdos se toman por mayoría absoluta en general, y en algunos casos específicos se solicita la aprobación de dos tercios de los comuneros y comuneras.

Sin embargo, estas reglas son mayoritariamente en el papel, pues en la práctica son más laxas, lo suficiente para que los comuneros logren entenderse, tomar decisiones colectivas y subsistir en armonía. Así lo atestigua el actual presidente de la comunidad.

HUERTOS Y PENSIONES PARA PARAR LA OLLA

El principal motor de desarrollo económico en El Pangué siempre fueron las cabras, pero la sequía las está liquidando. Los comuneros han tenido que suplir la falta de ingresos con otras actividades que les permitan dar respuesta a sus necesidades más básicas.

La pequeña agricultura es una de esas actividades. Huertos familiares que se desarrollan alrededor de las casas, donde se plantan algunas especies como papas, zapallos italianos, cebollas, porotos y tomates, entre otras. Los vegetales que se plantan en las casas ayudan a “parar la olla”, como dice Pedro Robles, y no tener que trasladarse fuera de la comunidad todos los días para comprar. Sin embargo, al igual que todo en El Pangué, las mejores épocas de estas huertas ya pasaron.

Hoy los que tienen huertos productivos son los menos. Cuando el agua escasea, regar las plantas no es una prioridad, y a diferencia de las hierbas medicinales, los vegetales y las hortalizas consumen mucha más agua. Rosa Castro, la actual presidenta de la Junta de Vecinos El Pangué, sólo conserva una melga de porotos, una mata pequeña de tomates y un limonero. Antes, cuando llovía más, hace unos 30 años, ella plantaba en cantidades mucho más generosas vegetales como papas, porotos, choclos y cebollas, entre otros.

"En ese tiempo no comprábamos verdura, y la misma gente de aquí venía a comprar un poquito de porotos, o lo que fuera que hubiera", cuenta.

A veces los vegetales ni siquiera se vendían, se los regalaban o intercambiaban entre ellos cuando había abundancia de algún tipo. Pese a que la abundancia es cada vez menos frecuente en los huertos de El Pangué, esta práctica de compartir lo que se tiene se sigue utilizando en la comunidad. Nilda Maturana, por ejemplo, una de las personas que tiene su huerto con mayor vitalidad, es vecina de Rosa y Alberto, y siempre que le sobran vegetales llama a sus vecinos para regalarles algunas cebollas o zapallos italianos, lo que haya en el momento.

"Y así somos la mayoría aquí, si tenemos le convidamos al que no tiene, y eso es lo bonito", señala el compañero de Rosa, Alberto Rojas.

La casa de Pedro Robles está rodeada de arbustos, hortalizas, hierbas y algunos árboles. Nada de eso estaba antes de que él llegara. Ha sido su pasatiempo en estos últimos dos años luego de retornar a la comunidad, darle vida a la tierra alrededor de su casa. Al igual que Nilda, cuando le sobra algo lo regala, en este caso a su vecina y hermana, Marta Robles.

Sin embargo, que Pedro o Nilda tengan huertos más verdes y prolíficos no es azaroso, sino que responde a que son unas de las pocas casas donde todavía queda algo de agua en los pozos. Esa es la razón principal de su suerte. El resto, con pozos secos, debe adaptarse a estas circunstancias.

Cuando las vías para generar ingresos económicos son tan inciertas, el único dinero seguro que manejan los comuneros es el de sus pensiones. Es el dinero con el que se organizan mes a mes, que saben que les tiene que llegar, y, al final del día, es la única garantía que tienen cuando pasan a formar parte de la población adulta mayor, o jubilados por invalidez.

Pedro Robles e Isidro Robles, que se fueron a trabajar fuera de El Pangue por largos años, de manera formal pagando sus imposiciones, hoy viven de sus pensiones. No es un dineral, dicen ellos, pero es muchísimo mejor que las pensiones solidarias. Marta Robles y su esposo Iván Díaz, en tanto, reciben pensiones por invalidez: ella debido a un accidente cerebrovascular que sufrió hace algunos años y que la imposibilita para seguir trabajando, y él debido a una depresión severa que desarrolló, también hace algunos años, sumado a un diagnóstico de bipolaridad. Parecido es el caso de Jacobo Castro y su pareja Isabel Lemos, que pudieron optar a la pensión básica solidaria por invalidez, ella por un retraso cognitivo y él por un trastorno epiléptico.

Los demás, es decir, todos los adultos mayores que no han trabajado formalmente, y que han vivido toda (o casi toda) su vida en El Pangue, sobreviven con la Pensión Básica Solidaria de Vejez. Esta pensión para quienes tienen entre 65 y 74 años es actualmente de \$164.356 pesos mensuales, y para los de 75 o más edad es de \$176.096 pesos mensuales¹.

Las pensiones solidarias de vejez son la realidad de Luis Pereira, Alberto Rojas, Concepción Silva, Oriel Astudillo y otros tantos que cumplen con la edad. Y es también la realidad de los que poco a poco se acercan a los famosos años dorados, como Rosa Castro.

"Yo hago alcanzar la platita que me pasa Alberto, porque yo la administro, me la pasa a mí, porque todavía yo no cumplo la edad para recibir la mía. Con eso pago la luz, los celulares, compro algunas cositas, lo que falte, lo que alcance en verdad", cuenta Rosa.

Eso, junto a algunos tejidos que hace a pedido dentro de la comunidad, es con lo que mantiene su hogar. Los tejidos son esporádicos, nunca una entrada segura. La realidad es que en El Pangue la gente vive con lo que puede, y en tanto la ganadería y la agricultura son cada vez más inciertas, las pensiones, por más que sean bajas, son lo único seguro.

¹ Las cifras corresponden a octubre 2021.

Acoger para criar

En El Pangué nunca importó demasiado de dónde venían los niños. Era práctica recurrente acoger niñas y niños de distintas familias, ya fueran sobrinos, hijos de alguna comadre o de algún familiar o conocido que no pudiera hacerse cargo de ellos en ese momento, o para siempre.

Ese fue el caso de Alberto del Carmen Rojas Puelles. Alberto es un hombre esbelto, que a sus 71 años todavía se mueve con agilidad, pese a su artrosis. Pero los surcos en su cara no mienten, los años no pasan en vano. Hoy comparte su vida con Rosa Castro Guerra, con quien está desde 1985. Ambos nacieron en El Pangué

El padre de Alberto era Artemio Rojas y su madre era Luisa Del Carmen Puelles. Su abuela materna se llamaba Luzmira Puelles y fue ella quien llegó a vivir a El Pangué hace más de 110 años. La historia de la familia de Alberto en la comunidad se remonta a aquel entonces.

Alberto Rojas fue a la escuela solo hasta primero básico, en Agua Fría Baja, y no aprendió a leer. Alberto parece un anecdotario, de todo saca una historia, algún dato. Cuenta, por ejemplo, que hace varias décadas, algunas de las personas que vivían en El Pangué y que no habían nacido en esas tierras llegaron por distintas circunstancias de la vida, incluso en búsqueda del amor.

"Los Robles, por ejemplo, eran de la parte alta de Canela y cuando llegaron aquí llegaron a la parte de Gallardo (predio que colinda con la comunidad). Ellos por amor cruzaron para acá, conquistando a las *chiquillas* a las que le habían echado el ojo: don Justino Robles por la *finadita* Julia, y Pascual Robles por la *finadita* Ercilia. Y así *po*, cruzaron *pa'* acá y aquí hicieron casa y aquí murieron", relata.

Alberto conoce estas historias porque fue criado en el seno de la familia Robles. Eran muchos hermanos en su casa, dando como resultado que algunos de ellos tuvieron que ser entregados a otras familias para su crianza. Esta práctica era tan normal en El Pangué en aquellos años, que, al preguntarle por el motivo, para entender mejor el contexto del que habla, mira con extrañeza, como si la historia se contara sola.

"Debido a las circunstancias y a la pobreza me criaron los Robles. Yo a lo mejor no estaría ni aquí en El Pangué, porque a mí me iban a dar para Santiago, me iba a llevar mi padrino, Samuel Puelles. Esto lo supieron allá donde la Pitito (Petronila Robles), y la *finadita* Ercilia, la mamá de la Pitito, le dijo a su marido: 'Oye Pascual, van a dar al niño allá donde don Artemio *pa'* que se lo lleve el Samuel; ¿por qué no lo *vai* a pedir? Lo criamos nosotros, si

nosotros tenemos cómo'. Fue a conversar don Pascual con mi papá. Yo no me fui al tiro, pero el día que me iba para la casa de los Robles, no me voy a olvidar nunca, mi papá me agarró a peñascos, así de simple", cuenta Alberto, desempolvando sus recuerdos agrios de niñez.

Parecido es el caso de Luis Marino Pereira Pereira, quien con 18 años llegó a El Pangué desde El Almendro, otra comunidad agrícola de Canela, luego de postular al servicio militar y no haber sido seleccionado. Luis llegó hasta El Pangué en búsqueda de su padre, Armando Pereira, quien lo había tenido durante su época de soltero cuando vivía en El Almendro.

Desde entonces nunca más se fue. La mayoría de las personas lo conocen como Lucho o Luchito. Y desde entonces hasta hoy ha vivido en el terreno que habitaba el matrimonio de Armando Pereira y Vitalia Guerra, hija de Pascual Guerra.

En la casa de Vitalia no había demasiado, pero nunca faltó un plato de comida para los que llegaran. La casa de Vitalia y Armando es ahora la casa de Luis. Armando murió en 2016 por un cáncer a la próstata diagnosticado en etapa final y Vitalia de una enfermedad al hígado en 2018. En décadas anteriores, a esta casa llegaban familiares y conocidos de distintos lugares, en especial niñas y niños que iban a pasar veranos enteros a El Pangué. Vitalia no pudo tener hijos biológicos, pero crió a varios, y Luis fue el mayor de ellos. Si tuviera que ocupar un lugar en esa casa, sería el de hijo mayor.

Había temporadas en que la casa de Vitalia y Armando estaba llena, fácilmente con diez, quince o hasta veinte personas, entre niños y adultos, que se ocupaban de cocinar, ir a sacarle leche a las cabras y llevarlas a pastar, entre otras cosas. En esa casa siempre había algo que hacer. Hoy en la casa se encuentra Luis solo, 500 metros a la redonda, solo. Ya todos se han muerto o han migrado.

La casa donde vive Luis se compone por una seguidilla de habitaciones de adobe que se organizan de manera lineal. Cada habitación es algo, o el comedor, o la pieza de alguien que ya partió, o la cocina, a excepción del baño, que es una letrina más alejada del resto de las habitaciones. Para quien llega y no conoce el lugar podría parecer el esqueleto de lo que en algún momento fue un hogar, un jarro sucio por ahí, un cuero de cabra por allá, y habitaciones que parecieran no haber sido usadas en décadas.

Hasta hace algunos años Luis se encargaba, junto a su padre, de las cabras y las ovejas. Pero con la muerte de Armando y Vitalia, sumado al mal tiempo, el ganado empezó a disminuir. Hoy Luis no tiene cabras ni ovejas. Las que quedaban se perdieron o murieron. Solo cuenta con algunos perros, gallinas, un caballo y un burro.

Nunca hubo mucho que hacer cuando no llovía. Los animales se adelgazaban y los que tenían que dar leche no lo hacían de manera óptima. Cultivar, además, se volvía un acto de fe,

casi imposible. Pese a la escasez, la sequía y la soledad, Luis no tiene planes de irse. Esta es su casa y piensa quedarse hasta el final.

“No me veo en otro lugar que no sea acá, aunque esté solo... Acá todavía quedan algunos animales, y ¿cómo los voy a dejar solos?”, se pregunta, mientras recorre la casa en la que ha vivido más de 50 años.

UNA SEDE, UNA CAPILLA Y UN CAMINO

El Pangué es un poblado tramposo. Quienes se internan en él sin saber nada de su historia difícilmente concluirían que allí viven personas, que lo han hecho desde hace décadas, desde hace siglos, incluso. Son pocos los rasgos que permiten identificar el paso de mujeres y hombres por esas tierras, pero los hay.

Sin embargo, lo que permite afirmar que se trata de una comunidad, de un territorio con personas que se relacionan y se organizan, no son las casas, ni los corrales, sino otros rasgos físicos, como la sede vecinal y la capilla que existen allí desde hace algunas décadas, ubicadas casi al final de la comunidad. Son estos lugares de reunión los que ayudan a trazar la historia reciente de El Pangué.

La sede vecinal es una casa de adobe. Por fuera es celeste y por dentro es del color de la greda, es húmeda en invierno y fresca en verano. Según los registros de Vitalia Guerra, el proceso de construcción de la sede comenzó en 1984, pero demoró un par de años para estar terminada. El registro que dejó Vitalia fue claro y conciso:

“El Pangué, 22 de abril de 1984

(...) Se trata del local que se va a construir en la comunidad, ya se tienen 720 adobes para construir el local. Ahora se da a saber que faltan 150 adobes más. Ahora se acordó cubrirlos para que no se deshagan con el agua que caiga del invierno. Ahora, Don Pascual (Silva) les va a donar madera para protegerlos mejor. Ahora, se pusieron de acuerdo para salir a trabajar el día Miércoles de la semana en curso.”

El cuaderno de Vitalia, así como el relato de los actuales comuneros, concuerdan en que la construcción tuvo un origen autogestionado. Fue con el tiempo que fueron llegando proyectos para perfeccionar esta sede -ponerle cielo, pintarla, hacerle baño-, pero la idea nació desde los propios comuneros que juntaron sus recursos y trabajo para levantar las paredes que le darían vida a la sede de reunión de El Pangué.

Sin embargo, en un principio el objetivo principal no era ser un lugar de reunión para la comunidad y sus asuntos, como lo es ahora. No, quienes construyeron esta sede, allá en los años 80, lo hicieron con el fin de que en El Pangué hubiese una escuela. En esa década en El Pangué habitaban casi 60 personas, y de ellos alrededor de 27 eran niñas y niños, casi la mitad.

El problema del acceso a la educación en la comunidad ha sido un tema presente desde hace casi un siglo. Cuando allá, a principios del siglo XX, la alfabetización se volvía la

norma, incluso en los sectores más rurales. Y es uno de los principales factores que ha obligado a las generaciones más jóvenes a migrar. Las escuelas más cercanas son las de Atelcura Alto, Matancilla, Carquindaño y Mincha, entre 12 y 22 kilómetros de distancia con El Pangue, con tramos de cerro y planicie. Son escuelas rurales multigrado, que cubren de 1° a 6° básico, y unas pocas hasta 8°.

La escolaridad de los niños de El Pangue siempre fue un tema complicado para las familias, que se cuestionaban entre mandar a sus hijos a escuelas lejos de casa, con los pocos recursos existentes, o educarlos en casa, bajo los propios términos de una comunidad agrícola y ganadera.

Entre la importancia que se le daba a enseñar a las niñas a cumplir con las tareas domésticas del hogar y las tareas del campo, y a los niños el oficio de la ganadería y la siembra, la escolaridad no era una prioridad, mucho menos cuando había que atravesar decenas de kilómetros para poder acceder a ella. Los que asistían a la escuela solían hacerlo a pie o a caballo, pudiendo demorarse hasta dos horas en estos trayectos. Otros, generalmente pasando los 10 años, eran mandados a comunas más lejanas para cursar internados, y solo podían volver a El Pangue los fines de semana y festivos.

Flavio Valencia Guerra, quien vivió gran parte de su infancia y adolescencia en El Pangue, recuerda que a los 6 años, cuando asistía a la escuela de Agua Fría Baja, no la pasaba muy bien. Emprendía un viaje a caballo de aproximadamente 8 km desde El Pangue para poder llegar. Pero el problema no era ese, sino la brutalidad con que recuerda a algunos profesores de la escuela rural y las burlas de sus compañeros al ser el único que llegaba a la escuela en caballo.

“El profesor era uno de estos tipos que te pegaba y te pegaba. Un día, cuando estaba en primero básico, me pegó porque yo iba en una yegua que estaba parida, y cuando está así, la yegua trata siempre de devolverse. Entonces se sacó el freno y se devolvió, y él me pegó por eso”, cuenta Flavio.

Con el sueño de la escolaridad, y de que sus hijos e hijas accedieran a más de lo que pudieron ellos, la gente mayor de El Pangue empezó la construcción de esta sede. Sin embargo, la falta de apoyo y gestión gubernamental para crear una escuela rural en El Pangue dio como resultado que el espacio se usara para otros fines. La construcción fue destinada a ser una sede vecinal para las reuniones de los comuneros.

“La sede fue construida por todos los viejitos de la comunidad, la gente de acá, con sus propias manos y recursos. Es bonito igual, porque en el fondo es algo que dejaron los que ya se fueron”, cuenta Isidro Robles.

El Pangué siguió sin escuela propia, mandando a sus hijos e hijas fuera para poder educarse; otros simplemente desertaron. Lo que quedó fue un local de reunión para, por lo menos, discutir sobre estos asuntos.

Antiguamente, en la sede se hacían muchas más reuniones de las que se realizan hoy, antes, cuando la comunidad era más numerosa, cuando había niños y distintas organizaciones en El Pangué. Allí se celebraban actividades para los niños, como la Navidad. Además, se hacían reuniones de la junta de vecinos, la junta de comuneros, la junta de crianceros y la junta de mujeres trabajadoras de la lana. Algunas de estas agrupaciones ya no existen, como la junta de mujeres, y otras están con un claro desplome numérico, como la junta de crianceros. Poco es lo que se puede criar cuando no hay agua.

En el mismo sector donde está la sede, tan solo unos metros más abajo, se encuentra la capilla de El Pangué. Es una construcción simple, de adobe y color celeste. Se construyó en 1990 gracias a la ayuda del padre Gustavo Daniel, perteneciente a Caritas Chile. El sacerdote traía alimentos a la comunidad que intercambiaba por piezas de adobe para la capilla. Hacía una especie de canasta mensual para las familias a cambio de este trabajo. Antes de esto, el padre realizaba las misas en la sede.

Las eucaristías se desarrollaban una vez al mes y reunían a la comunidad. Las familias asistían por dos razones: el llamado de la fe cristiana y debido a que el padre Daniel traía en su camioneta a los niños estudiantes de la escuela de Mincha, que en aquel entonces funcionaba como internado. Las madres iban a estas misas y aprovechaban de llevarse a sus hijos por el fin de semana, hasta que llegaba el domingo y los niños tenían que volver a caballo o a pie, dependiendo de los medios de la familia.

Las misas mensuales junto a la fiesta de la Virgen de Lourdes, en febrero, eran los principales eventos en la capilla. Para ceremonias más elaboradas, como funerales o bautizos, se utilizaba la Iglesia Parroquial de Mincha, una de las más antiguas de Chile, construida entre 1741 y 1766.

En la fiesta de Lourdes se rezaba la novena. “Se empezaba a rezar el 2 de febrero, todas las tardes en la capilla, hasta el 11 de febrero en que se sacaba a la virgen en procesión con toda la gente por la comunidad, después de almuerzo, y después se terminaba con un *tecito* que compartía toda la gente allí. Era un día de encuentro”, explica María Graciela Castro, más conocida como Chelita, antigua habitante de El Pangué.

La fiesta de Lourdes se realizó hasta 2013. Sin embargo, las misas mensuales continuaron durante un tiempo más, a manos de otro sacerdote que venía de Canela, luego de la muerte del padre Daniel. Con el paso de los años, la muerte y la migración, cada vez

asistían menos personas a las misas. A las últimas llegaban dos o tres personas. Ya en 2015 se dejaron de realizar por completo.



Fiesta de Lourdes, 1990. Fotografía de María Graciela Castro.

Se podría decir que la sede y la capilla fueron el centro neurálgico de la comunidad durante muchos años. Sin embargo, el gran avance que les permitió conectar con el exterior fue otra cosa: la construcción de un camino que unía a El Pangue con Agua Fría, enlazando así a la comunidad con la ruta que permite ir hacia centros urbanos más grandes, como Canela e Illapel.

El tan esperado y trabajoso camino rural es identificado por los comuneros simplemente como “la huella”. Cuando alguien habla de “la huella”, todos saben a qué se refiere. Hoy la huella llega hasta la última casa de El Pangue, es de tierra y sigue la senda de los cerros, los rodea, por lo que el camino se caracteriza por sus muchas curvas, algunas más cerradas y otras más abiertas. Pese a que la ruta fue aplanada por máquinas, cuando se conduce hay que tener cuidado porque siempre existe la posibilidad de que los autos patinen con la tierra, las piedras, las subidas y las bajadas. O que simplemente un animal se cruce por el camino.

Hoy está terminada, sin embargo, para esto tuvieron que pasar muchos años. Pese a que su construcción empezó alrededor de los años 70, no fue sino hasta 1980 en que la huella pasó

a formar parte de la comunidad, conectando con el camino de Agua Fría. En 1980 el camino llegaba hasta el principio de El Pangué, donde se encuentra la casa de Juan Bernabé Silva.

El camino rural fue un proyecto impulsado por la organización social-episcopal Caritas Chile. Tras el golpe militar de 1973, el proyecto fue retomado con la contratación de obreros de las distintas localidades donde se iban haciendo los trabajos, a través del Programa de Empleo Mínimo (PEM). El avance era lento, pausado y durante años intermitente, estancado en Agua Fría. Cuando el camino llegó al fin a la entrada de El Pangué, este se completó a pura fuerza de voluntad y decisión, ya que los sueldos del PEM eran menos de un tercio del sueldo mínimo real.

“En 1979 estaba llegando recién a uno de los extremos de El Pangué, y no cubría la totalidad que cubre hoy. Pero desde esa fecha su construcción se agilizó hasta completarse, ya que existía más gente para hacer el camino. Pagaban una miseria pero lo queríamos hacer por nosotros, porque nos iba a servir mucho. El camino en total se demoró como 10 años, pero cuando salió fue muy útil para la comunidad. Antes había que andar a caballo entre los cerros, por caminos que se hacían mucho más largos”, recuerda el comunero Oriel Astudillo.

La finalización de la huella, que hoy abarca toda la comunidad, permitió el tránsito de vehículos hasta El Pangué y trajo consigo el acceso a otros servicios básicos, como la llegada de ambulancias, la postación para la luz eléctrica y el arribo de los camiones aljibe. Aunque nada de esto pasaría enseguida, tendrían que pasar décadas para que este camino cumpliera su verdadero propósito: conectarlos con el mundo exterior, y con los derechos que goza la gente de afuera.

Según la investigación *Atlas del cambio climático en las zonas de régimen árido y semiárido* del Centro de Agricultura y Medio Ambiente de la Universidad de Chile, en la región de Coquimbo, la mayor ruralidad se da en las comunas de Canela, Paihuano y Río Hurtado, donde el 100% de la población se considera rural, con elevada presencia de comunidades agrícolas. En Chile todavía existen localidades donde lo rural es sinónimo de aislamiento, alta incidencia de pobreza, bajo acceso a servicios básicos, envejecimiento de la población y baja dotación de capital humano, como en El Pangué.

El alcalde de Canela es Bernardo Leyton Lemus, del Partido Comunista. Desde 2012 lleva dos periodos en el cargo, y con su reciente reelección en mayo de 2021 cumple el máximo de periodos sucesivos que puede estar un edil en el sillón municipal. La administración de comunas rurales no es simple, a veces toca hacer malabares para dar solución a problemas urgentes de la población, muchas veces dispersa y aislada, en comunas que todavía luchan por alcanzar el acceso a servicios básicos, según cuenta.

“Es una serie de situaciones donde comunas como la nuestra, que son más pobres, con menos recursos, nos vemos afectados. Nosotros tenemos una comuna que tiene 2.213 kilómetros cuadrados. Para ir de un extremo a otro te puedes demorar más de una hora. La dispersión geográfica que hay en el territorio es alta. Con la pandemia fue la primera vez que esto fue un beneficio, porque entre más separados estuviéramos, menos riesgo. Pero, a la vez, significa que para llevar cualquier tipo de servicio los costos encarecen. Y es una de las razones también porque en muchos sectores (como en El Pangue) hoy día no se cuenta ni siquiera con agua potable”, señala el edil.

Cómo comprar y cómo moverse

Pese a la construcción de la huella en los 80, hoy El Pangue no cuenta con un medio de transporte público directo. El más cercano llega hasta Agua Fría, a más de 8 kilómetros de distancia. Los habitantes de El Pangue deben llegar hasta allí para tomar uno de los buses, que pasan solo tres días a la semana. El que va a Illapel pasa los lunes, mientras que el que va a Canela pasa martes y jueves. Transportarse hasta Agua Fría todavía es un paso obligatorio a la hora de ir a cualquier otro lugar.

La única excepción es cuando hay elecciones. La municipalidad pone la locomoción, y los va a buscar a la sede de El Pangue. Primero va a dejar a la gente que vota en Mincha, y luego lleva al resto que vota en Canela. De vuelta hace el mismo recorrido, pero desde Canela a Mincha para devolverlos a El Pangue, lo que demuestra que la factibilidad técnica existe.

"No hemos postulado todavía un proyecto de transporte público al Ministerio de Transporte para esa localidad. Ahí hay que hacer un mea culpa, es algo que nos queda pendiente. También nos falta resolver ese tema en la comunidad de Atelcura y Las Tazas, que tampoco tienen transporte público directo. En caso de emergencia ellos llaman directamente a la municipalidad y ahí gestionamos con rapidez para prestar movilización, pero es un tema complejo que tenemos que ver cómo solucionar", expresa el alcalde Leyton.

Debido a la falta de transporte público, algunas personas de comunidades aledañas como Mincha y Agua Fría han desarrollado el trabajo informal de taxi o *flete*. Ellos usan sus vehículos para llevar a las personas de El Pangue y otras comunidades a ciudades más grandes, o donde se requiera. La mayoría de los comuneros tienen los números de estas personas. A veces los llaman, otras veces usan caballo si el viaje es solo hasta Agua Fría, todo depende. A las dos personas en la comunidad que tienen vehículos prefieren “molestarlas” solo para asuntos más importantes, en casos de emergencia de salud, por ejemplo.

En El Pangué tampoco hay almacenes para comprar comida u otros productos de primera necesidad. El almacén más cercano queda en Agua Fría Bajo y lo maneja Clarita, quien tiene más de 60 años y a quien todos en la comunidad conocen y frecuentan. Así, cuando les hace falta algo importante, tienen que transportarse hasta Agua Fría. En auto son menos de 20 minutos, pero a caballo se demoran una hora y a pie el camino es de más de dos horas.

Frente a esta necesidad de comercio en la comunidad, amplificadas por la poca movilidad, las soluciones pueden llegar de manera creativa e inesperada, como lo hace el *delivery* de Guillermo Rojo, comerciante de la zona.

Los días viernes pasa por El Pangué, casa por casa, un camión atendido por él, que se dedica a vender alimentos, útiles de aseo y otros productos de primera necesidad en las localidades más olvidadas de la zona. Dependiendo del día, va a distintas comunidades ofreciendo sus productos. El viernes alrededor de las 15.30 horas es el turno de El Pangué.

"Nosotros le decimos el *super* (se ríe). El hecho de ser persona conocida ayuda bastante, porque con plata o sin plata nos deja la mercancía igual, y se paga después", explica Pedro Robles .

Dos ambulancias para 2213 km²

Con un camino para vehículos, las ambulancias serían capaces de llegar hasta El Pangué. Sin embargo, esto no significó que se volviera una práctica recurrente. Las ambulancias llegan (o no) dependiendo de la gravedad del paciente y de la disponibilidad que haya en el momento.

"Es relativo. Generalmente es muy lento el tema de la ambulancia, a veces no hay chofer o anda muy lejos el vehículo. El problema es que usted tiene que llamar a Agua Fría, y desde Agua Fría llaman a Canela si vienen o no vienen, y a qué hora. Al final si es una urgencia llegan tarde", cuenta Isidro Robles.

Es por todas estas dificultades que el conducto regular sigue siendo llegar hasta la posta rural de Agua Fría, en el caso de que la persona pueda moverse y trasladarse por sus propios medios. Allí atiende un paramédico que presta los primeros auxilios e intenta estabilizar al paciente. Desde esta posta el paramédico deriva al enfermo si necesita una atención más compleja, se pone en contacto con la ambulancia que esté disponible, a veces incluso de otros municipios, para que esta vaya a buscarlo y lo lleve hasta el hospital de Los Vilos o Illapel, a más de una hora.

La espera extendida siempre es una posibilidad, tanto para El Pangué como para el resto de localidades que componen la dispersa comuna de Canela. Según información entregada por la municipalidad, hoy, en total existen solo dos ambulancias para cubrir las necesidades de más de 9.000 personas a lo largo de los 2.213 km² que componen Canela.

“La gente se desespera y sale por sus medios. Si desde la ambulancia avisan que no pueden llegar durante el día, la gente busca cómo llegar”, cuenta Chelita Castro.

Isidro Robles confirma que generalmente terminan resolviendo el tema por sus propios medios y, si pueden, van a dejar a la o el enfermo hasta Agua Fría. En la comunidad existen solo dos vehículos, ambas camionetas, y una es suya, marca Chevrolet del año 2010. La otra es de Pedro Robles, una Mazda de 1998.

Antes, cuando había una emergencia de este tipo y no estaba construida la huella y tampoco había vehículos en la comunidad, a los enfermos los trasladaban de la misma forma en que llevaban a los muertos. Los sacaban en litera y entre cuatro llevaban al enfermo por entre los cerros, hasta el centro de salud más cercano, generalmente Agua Fría o Mincha. Los trayectos podían demorar horas. Con los difuntos el trabajo era incluso más pesado. El cementerio más cercano queda en Mincha, y hasta allá llegaban los panguinos con el cajón al hombro para dar funeral y entierros a sus muertos.

"Recuerdo cuando llevamos a la abuelita del Abel, a la señora Edelmira. La tuvimos que llevar al hombro por el camino largo. Íbamos cuatro y en un momento se nos desestabilizó la señora y yo pegué una frenada con la rodilla en el suelo. Hasta el día de hoy se me inflama esta rodilla", recuerda Isidro Robles.

AGÜITAS DE MONTE

Antiguamente, el cuidado de la salud de los habitantes de la comunidad era un tema que no se encontraba tan institucionalizado. En gran parte se debe a que el acceso a servicios de salud hace 40 años no era el mismo que es hoy. La construcción de la huella ayudó a situar un poco más a El Pangue en el mapa que manejan autoridades gubernamentales y servicios básicos. Sin embargo, El Pangue todavía se considera una de las comunidades rurales más aisladas de la región de Coquimbo.

La Posta Rural de Agua Fría es el centro de salud más cercano actualmente, y antes lo era la posta de Mincha. En ambos casos salir hacia estos centros con un enfermo a costas o a caballo se volvía siempre una odisea. Eran viajes que podían demorar más de una hora. Es por esto que la acumulación de conocimientos sobre medicina natural que pudiera obtenerse dentro del mismo territorio se volvió una necesidad.

Marta Robles cuenta que cuando ella o sus hermanos enfermaban, su madre optaba por atenderlos en casa. Les hacía *agüitas de monte*, como le llaman allá. Son infusiones creadas a partir de la combinación de distintas hierbas que crecen o plantan en los alrededores. Las que más recuerda Marta que les preparaba su madre para los problemas estomacales son la yerbabuena y el paico. En tanto, cuando se resfriaban les preparaba sauco con leche.

La madre de Marta, Gladys Robles, fue su principal maestra en el aprendizaje de las bondades de las plantas. Fueron pocas las veces que la llevó a ella y a sus hermanos a hacerse controles médicos, pero fueron más de los que destinaba ella para sí misma. Cuando las dolencias que sufrían eran conocidas, los remedios naturales eran su primera y principal fuente de sanación.

Hasta el día de hoy Marta hace eco de algunos de esos aprendizajes. En los alrededores de la casa roja de madera en la que vive, en su jardín, se pueden apreciar distintas plantas medicinales, como yerbabuena, toronjil, éter e hinojo.

"De repente me siento muy agitada, o muy alterada y me hago unas agüitas de toronjil, por ejemplo. A mí me recetaron remedios para dormir, pero trato de tomar más yerbitas, porque además tengo que tomar remedios para la presión, el colesterol, para recubrir el estómago y más. Entonces trato de suplir los de la noche por las yerbitas, para no sobrecargar tanto el cuerpo", explica Marta.

Al interior de El Pangué no existía ningún *médico yerbatero* que se especializara en el diagnóstico y cura de enfermedades más complejas, o de dolencias que no cesaran con una rápida infusión. Sin embargo, en los alrededores sí que los había. La existencia de estas curanderas y curanderos era una información que se pasaba de boca en boca, entre vecinos y habitantes de otras comunidades.

Los médicos yerbateros son personas con conocimientos más profundos y desarrollados sobre las medicinas naturales y las distintas afecciones físicas. Trabajan con hierbas y otros recursos naturales, pero de manera más especializada, a partir de dosis específicas y confecciones propias de cataplasmas y medicamentos en base a hierbas pulverizadas. Un método característico de este tipo de curanderas es la *lectura de las aguas*.

La *lectura de las aguas* se basa en la práctica de analizar con la vista la orina de una persona que esté sufriendo alguna dolencia o malestar. Desde El Pangué llegaban personas a consultar a estos médicos cuando se sentían muy enfermos. Por regla general les llevaban sus orinas recolectadas en pequeños recipientes transparentes, ya sean de vidrio o plástico. Entonces, la o el médico miraba estas *aguas* al sol o a través de otra fuente de luz, y dependiendo de su color, transparencia o turbiedad eran capaces de deducir que es lo que estaba funcionando mal con esa persona.

En El Pangué recuerdan al menos tres; dos de ellas todavía atienden en Canela. La señora Chila es una de ellas, y a esta curandera han acudido varios habitantes de El Pangué, entre ellos la abuela de Marta y el presidente de la comunidad, Isidro Robles. Chila debe tener alrededor de 80 años, e Isidro cuenta que todavía sigue atendiendo en Canela Alta. Es conocida en toda la zona y tiene una hija que es enfermera, pero que además heredó la tradición de la medicina natural de parte de su madre.

Isidro conoce a la señora Chila desde pequeño, ya que su abuela lo mandaba a buscar remedios con ella. Pero también tiene su historia personal con ella. Hace varios años estaba trabajando en la casa de su mamá en Viña del Mar, cortando unos eucaliptus para hacer una construcción. Fue entonces cuando lo picó un bicho que nunca pudieron identificar, solo sabe que al poco tiempo se le hinchó el brazo y luego la cara, y que casi ni podía abrir los ojos.

Fue a una clínica de la ciudad y cuenta que le colocaron una “caja de inyecciones”, pero que pasaban las horas, luego el día entero, y los medicamentos no le hacían ningún efecto. Tras haber esperado más de un día sin ver mejoría decidió emprender rumbo a Canela.

"Yo le dije a mi mamá que si me iba a morir, que sea en mi tierra", relata Isidro.

Pero el plan no era morir, sino llegar donde la señora Chila. "Cuando llegué me miró bien y miró las aguas que le llevaba y me dijo '*tenís envenená la sangre po, hijo*'", cuenta.

Luego de esto Chila le dio una cápsula que no supo nunca qué contenía, acompañada de un agua de toronjil. Se encontraba sentado y de repente sintió que algo le bajaba por el cuerpo. "Era como la sensación de que me había orinado, pero no, ella me dijo que no me asustara porque esa sensación era buena, significaba que me estaba cortando la infección a la sangre", relata.

En cosa de horas o incluso menos, a Isidro se le empezó a desinflamar la cara y el brazo, y la señora Chila, para complementar la cura, le recetó unos polvos en base a plantas para que tomara luego en su casa, además de algunas *hierbas de monte* para que se hiciera infusiones.

Así, sin mucho más, Isidro se mejoró de la inflamación y el malestar que lo aquejaban. "La reacción del cuerpo y el alivio que sentí fue super rápido, casi instantáneo. Cuando vas al médico los remedios te empiezan a hacer efecto a las horas después, incluso a veces al otro día, pero esto fue casi automático. La fe con que uno haga las cosas también afecta, pero el alivio fue real y visible", cuenta.

Adaluz Álamos Toro es otra médico yerbatera conocida en la zona. Es más joven que la señora Chila y pertenece a la comunidad de Carquindaño. Atiende en Canela Baja y su fama trasciende el Norte Chico, ya que llegan personas incluso desde Arica en busca de su ayuda.

Adaluz extiende sus servicios más allá de las medicinas naturales para el cuerpo. Se dice que posee la sensibilidad para ocuparse de problemas que sobrepasan lo físico. Lee las cartas, hace limpiezas energéticas y puede ver cosas que la gente normalmente no ve. La gente de las comunidades aledañas acude a ella cuando se les pierden animales.

Marta Robles fue a verla en 2011; entonces no se estaba sintiendo muy bien. Después de sufrir un accidente cerebrovascular quedó con prescripción de varios remedios, y aunque se los tomaba todos, como siempre, sentía que a diferencia de antes, estos no le hacían efecto. "Mi tía Martina (antigua habitante de El Pangue, quien murió en 2018) me dijo 'anda donde ella, hija, porque no es normal esto que te está pasando'. Y efectivamente, cuando la fui a ver me dijo que me habían hecho un mal", cuenta.

Cuando Marta llegó a la consulta de Adaluz, esta última le pidió su carnet. Marta cuenta que se tomó un buen tiempo para mirar la foto del carnet, entre intervalos en que la miraba a ella. Allí le hizo una limpieza con humo de hierbas y le recetó baños y sahumerios para que realizara en casa, en base a plantas, y algunos medicamentos de farmacia. Además, le indicó que debía ir a verla tres veces, durante tres meses para hacerle el correspondiente seguimiento.

"A mí me sirvió, fue positivo, porque llegué sintiéndome muy mal, sin energía, y luego de verla y siguiendo sus indicaciones me fui sintiendo mejor", evalúa Marta.

Partería en El Pangue

Hace 30 años casi todas las mujeres que quedaban embarazadas en la comunidad daban a luz en casa con la ayuda de parteras, si llegado el momento las parteras estaban disponibles. Dentro de la comunidad, la señora Florita, madre de Juan Bernabé Silva, era una de las mujeres más buscadas para atender partos en El Pangue, y recibió casi todos los partos de la madre de Marta y Pedro, que fueron más de 15. La hace poco fallecida Petronila Robles, suegra de Isidro, también recibió a varios niños de El Pangue y atendió el segundo parto de Rosa Castro, entre otros.

Si no había alguna partera disponible en el momento, le tocaba hacerse cargo a quien estuviera más cerca. Atender partos era una misión que podía tocarle a cualquiera. Cuando se está en esa situación y no hay nadie más para socorrer a la embarazada, negarse a recibir un parto no era una opción.

"Cuando nacía un niño había que apechugar el que estuviera más cerca también", cuenta Chelita Castro.

Ella recuerda el día en que tuvo que recibir el bebé de su hermana Rosa. Tenía solo 19 años, pero eso no era excusa para negar la ayuda. Era una noche de noviembre de 1982 cuando Rosa empezó el trabajo de parto de su primer hijo, Carlos. Jacobo, hermano de Rosa y Chelita, quien vivía con la primera, fue a buscar a Chelita a la casa de Vitalia y Armando, donde vivía en ese entonces. Ella acudió al llamado de Rosa junto a su tío Armando Pereira. Armando ya había asistido partos con anterioridad, por lo que su experiencia era agradecida tanto por la joven embarazada como por su hermana.

Sentaron a Rosa en las rodillas de Armando, quien puso una mano en el vientre de la embarazada para tantear el movimiento y saber cuándo el parto estaba listo para empezar. Chelita se posicionó entre las piernas de su hermana, ya que mientras su tío ayudaba y sostenía a Rosa, alguien debía recibir abajo al niño que estaba por nacer. La luz de las velas era la única aliada.

"Mi tío, que ya sabía lo que era un parto, preparó un cuero y una sábana que pusimos abajo de la Rosa para recibir al niño", cuenta Chelita.

Ella, que había parido un niño un par de años antes, sabía que cuando las contracciones empiezan a hacerse más frecuentes es el momento en que va a nacer la guagua. "Cuando una ve el pelito de la cabeza del niño es impresionante, porque ahí la vagina parece un vidrio que empieza a trizarse y expandirse", explica Chelita, todavía con asombro.

Después de que el niño terminara de salir por completo del vientre de Rosa, Armando le dio instrucciones a Chelita para finalizar el proceso. Lo primero era amarrar con una pitilla el cordón umbilical que mantenía al niño conectado a la madre, y así poder cortarlo. Luego había que calentar una cuchara para quemar la punta del cordón umbilical, trabajo que terminó por hacer el propio Armando Pereira mientras sostenía a Rosa todavía en sus rodillas, esperando que terminara de salir la placenta.

Cuando el proceso ya estaba completado, Chelita y Armando lavaron al niño, quien todavía tenía la capa de grasa que traen en el cuerpo los recién nacidos. Carlos terminó de nacer como a las 4 de la mañana. Rosa estuvo durante varias horas en trabajo de parto. Cuando ya había expulsado todo lo que debía expulsar y se había cortado todo lo que se debía cortar, fue recién el momento en que pudo acostarse en su cama para descansar del estresante proceso.

"El aislamiento te obliga a aprender a hacer estas cosas", concluye Chelita mientras ceba y ofrece un *mate-leche* de su receta especial: canela, cáscara de naranja y leche de cabra de El Pangué, de las últimas que van quedando.

2018: SE HIZO LA LUZ Y LLEGARON LOS CAMIONES ALJIBE

Hasta 2018 ni la luz eléctrica ni el agua potable eran una realidad en El Pangue. Parece una mala broma, pero es la verdad. No es que nunca se hayan pedido, muy por el contrario. La luz eléctrica era una demanda de la comunidad que se remonta a décadas atrás; más tardía fue la gestión del agua. Los y las panguinas aguantaron hasta las últimas gotas con sus pozos y vertientes. Estaban acostumbradas a la autogestión del agua, a la búsqueda de vertientes, a la profundización de sus pozos, hasta que no se pudo más. Cuando el agua no alcanza para que beban ellos y sus animales, ¿qué más se puede hacer?

El Decreto 41 del Ministerio de Salud, que entró en vigor en 2018, regula las condiciones sanitarias para la provisión de agua potable mediante el uso de camiones aljibe. La normativa busca garantizar el suministro de agua potable para asegurar la salud de la población en zona de escasez, pero a la vez permite fiscalizar, controlar y sancionar en caso de incurrir en malas prácticas en su uso. Lo que hace solo un par de años era considerado una medida de emergencia, hoy representa la nueva normalidad para muchos territorios en el país.

"Con esta nueva norma usted puede hacer la casa en la punta del cerro y le tienen que ir a dejar agua si no tiene. Entonces ahí nació el tema, nosotros dijimos que no nos venían a dejar agua y que con los años cada vez más secos no podíamos seguir así. Entonces en 2018 nos empezaron a repartir. En un principio nos dijeron que los camiones aljibe no llegaban para acá tan lejos, pero no nos podían dejar sin agua, así que igual se llegó a la repartición semanal de 300 litros por persona que tenemos hoy", cuenta Isidro Robles.

Si bien la repartición de agua en camiones aljibe es una práctica que lleva bastante tiempo en algunas zonas del país, desde antes de la promulgación del Decreto 41, El Pangue no había postulado a esta ayuda, porque pese a que las vertientes se han ido secando a lo largo de los años, los comuneros aún podían subsistir, pero a duras penas, con lo que obtenían de las fuentes naturales. En 2018 ya se hizo insostenible la sequía y la necesidad de asegurar el consumo humano de agua se volvió prioritario.

El que tiene la responsabilidad de abastecer con agua potable a todo Chile es el Ministerio de Obras Públicas a través de la Dirección de Obras Hidráulicas. Ellos cuentan con un sistema de evaluación de proyectos, que se rige también por la categorización que realiza el Ministerio de Desarrollo Social sobre los territorios y las comunidades, clasificándolos en

concentrados, semi concentrados y dispersos, lo que a comunas rurales como Canela les juega muchas veces una mala pasada.

“La mayoría de nuestras localidades caen en la categoría de dispersas, por lo tanto, no da el criterio del indicador que tiene el Ministerio de Desarrollo Social, en este caso para agua, que son de 221 UF por cada arranque de agua. Entonces, como su implementación sale más cara, nos tira para fuera y no aprobamos el RATE (Resultado de Análisis Técnico Económico) del Ministerio de Desarrollo Social para llevar esos proyectos y que obtengan el financiamiento”, explica el alcalde Leyton.

El RATE evalúa la validez de la alternativa de solución de un problema a través de la comparación del flujo de beneficios y costos que genera la iniciativa, por lo que en comunidades más aisladas y con relativamente bajo porcentaje de gente los proyectos no suelen evaluarse favorablemente.

“Este tipo de proyectos para llevar agua potable a las localidades son una responsabilidad de Obras Públicas, pero nosotros como municipalidad participamos en esto, incluso consiguiendo recursos en el sector privado para hacer los diseños y estudios, porque es la única forma de poder adelantar la inversión que se necesita. Pero nos encontramos con estas barreras que son de la famosa evaluación socioeconómica que hace el ministerio y que generalmente nos impide llegar con algo tan fundamental en tiempos de sequía y de cambio climático, como es el agua por cañería. Nosotros ahora les estamos entregando agua por camiones aljibe a más de mil familias de la comuna de Canela que se abastecen de esta forma. Hemos ido avanzando de a poquito con el agua potable, pero es muy lento, a mi parecer”, señala el alcalde, quien además plantea que esto no solo ocurre con el agua, sino con la implementación de sistemas sanitarios y energía eléctrica, por ejemplo.

Probablemente, este sea uno de los grandes motivos de por los que concretar el servicio de electricidad en El Pangue demoró tanto tiempo. El proyecto empezó a gestionarse desde 2005 y se demoró 13 años en estar operativo.

Recién en 2016 se empezó la postación del cableado eléctrico por el camino de la huella que llega hasta El Pangue. El proyecto, una vez iniciado, se desarrolló rápido. Lo que más demoró fue la luz verde para empezar con la instalación de los postes y el cableado eléctrico. A principios de 2018 la comunidad empezó a contar con energía eléctrica, pero hasta antes de eso todo se hacía a la luz de las velas y los comuneros debían arreglárselas sin una chispa de electricidad.

"El trámite de la luz se demoró en salir. Tuve la suerte de que conocía al gobernador porque lo había atendido varias veces antes en el restaurante en que yo trabajaba en Illapel.

Ahí él hizo el contacto con la jefa de proyectos, que llevaba este tema de la luz, Irma Muñoz. De ahí se agilizó todo y salió rápido. Pero *pucha* que se demoró en partir. Cuando vino el encargado de hacer la encuesta para ver si teníamos preparadas las casas con las instalaciones y cuántas familias éramos, sacó el proyecto y entre broma nos dijo 'mire, esto todavía tiene polvo', porque estaba guardado hace mucho tiempo, ya estaba casi en la basura", cuenta Isidro.

El último informe del Plan de Desarrollo de la Comunidad Agrícola El Pangué, levantado en 2010 por el Gobierno Regional de Coquimbo, el Instituto de Promoción Agraria y el Gobierno de Chile, confirma la espera narrada por los comuneros. En este informe se evidencia que la comunidad venía demandando energía eléctrica, porque no contaba con este servicio ni a nivel domiciliario ni como alumbrado público, por lo menos desde esa fecha. Sin embargo, los comuneros señalan que desde finales de los años 90 empezaron a plantear e insistir con esto a las autoridades.

El informe señala que la factibilidad para concretar esta demanda era a corto plazo. Y como soluciones al caso se señaló que en esos momentos se estaba desarrollando un Proyecto de Electrificación Rural (PER) por medio de energía fotovoltaica. El proyecto que entonces se encontraba en una "primera etapa", sería implementado en El Pangué a partir de 2012. Sin embargo, no se llevó a cabo. Los organismos involucrados eran la Municipalidad de Canela, la Secretaría Comunal de Planificación (Secplan) y la Subsecretaría de Desarrollo Regional y Administrativo, dependiente del Ministerio de Interior.

La energía fotovoltaica fue conocida por los comuneros mucho antes, en todo caso, a mediados de los años 90, pero su desarrollo fue fugaz, casi anecdótico. Les instalaron paneles solares en cada casa gracias a un proyecto del gobierno regional. Sin embargo, su mantención tenía que correr por los usuarios. Además, la potencia que generaba en aquel entonces servía para encender solo dos ampolletas por casa. Los paneles permanecieron funcionales alrededor de 10 a 15 años, y tras esto los comuneros sacaron cuentas y decidieron que la poca electricidad que aportaban no valía el costo de su mantención.

Esta, entre otras razones, gatilló que el proyecto final que se terminó llevando a cabo fuera con cableado eléctrico y no a través de la instalación de paneles solares. Los gastos de la instalación de los postes de luz y la instalación eléctrica en una habitación por casa fue asumida por los organismos públicos. El resto de gastos para hacer la instalación en otras habitaciones corrieron por parte de los comuneros. La cuenta de luz se paga mensual, igual que en el resto del país, y la pueden pagar en el almacén de Clarita, que tiene una Caja Vecina.

Hoy hay electricidad en las casas y en la sede, mas no en la huella, en forma de alumbrado público, ni en otros sectores de la comunidad.

La llegada de los celulares a El Pangue se remonta a unos 10 años atrás. Sin embargo, su uso se masificó hace unos pocos años, con la llegada de la luz eléctrica, ya que antes los comuneros tenían que ir hasta Agua Fría u otras comunidades con acceso a electricidad para cargarlos, y la batería no duraba más de dos días sin darle mucho uso. Desde entonces y hasta ahora, la señal en general ha sido esquiva. El lugar de la comunidad en que alguien se encuentre y la compañía del servicio móvil definirán si se podrá acceder o no a este tipo de comunicación. Las redes móviles de los aparatos van y vienen, y en algunos terrenos hay que caminar por los alrededores para encontrar señal y mandar o recibir un whatsapp. Si en las grandes ciudades de Chile la gente se queja por la lentitud de algunos servicios de telefonía e internet, El Pangue sería el lugar donde todas estas fallas son llevadas al extremo.

LA GRAN SEQUÍA

El 2019 fue el año más seco del que se tenga registro en la historia de Chile. Fue la guinda de una amarga torta compuesta por nueve años de sequía sostenida. Cuando el World Resources Institute publicó el ranking de los países con mayor estrés hídrico del mundo en agosto de 2019, no fue una sorpresa ver a Chile posicionado en el puesto número 18, después de Botswana y antes que Chipre, y a solo un paso de formar parte del grupo de países que comparten un extremadamente alto estrés hídrico. Se estima que para 2040 Chile será el único país latinoamericano que estará en un estrés hídrico extremadamente alto.

Los últimos 10 años de sequía no ayudaron mucho a mejorar estos indicadores. ¿Dónde se fue el agua? Luis Pereira no lo sabe, se secó, se fue, pero en El Pangue cada vez la ven menos, ya no cae del cielo y no la encuentran ni en vertientes ni en pozos.

Hoy, gracias a distintas investigaciones y organismos, se sabe que este problema, que afecta a Luis, Isidro, Rosa y a varios campesinos más en una pequeña localidad aislada del Norte Chico, es un asunto mucho más extenso y complejo que eso. El Centro del Clima y la Resiliencia (CR²) acuñó por primera vez el término “megasequía” en 2015, con el fin de explicar la sequía iniciada en 2010 y que se extendió vastamente por el territorio nacional hasta por lo menos 2019. Este largo periodo de sequía se vio además intensificado por sequías más cortas, como la de 2007 y 2008.

El informe publicado en 2015 por el CR² explica que el territorio entre las regiones de Coquimbo y La Araucanía ha experimentado un déficit de precipitaciones cercano al 30% desde 2010, el que no ha dejado de subir. El déficit en el Norte Chico, una de las zonas más afectadas por este fenómeno, supera incluso el 70%. Este déficit de lluvias se ha mantenido desde entonces de manera ininterrumpida y ocurre en la década más cálida de los últimos 100 años, exacerbando el déficit hídrico a través de la evaporación desde lagos, embalses y cultivos.

Año tras año se ratifica el mismo veredicto: no hay agua. Sin embargo, los años secos no son cosa de hace solo una década. Los comuneros de El Pangue recuerdan desde mucho antes la merma del agua como algo notorio y preocupante. Pero la última década ha sido catastrófica, tanto para El Pangue como para el resto del país.

La última gran sequía que recuerdan los comuneros, semejante a la que se ha vivido en el último decenio, fue la del año 1968. Se llegó a estimar que un 60% de las cabras de la

región de Coquimbo murieron en aquel entonces, y se secaron los principales tranques de la región, como Recoleta, La Paloma y Cogotí. La cesantía en los campos afectó a más de 9.000 personas en la región. El gobierno tuvo que recibir ayuda internacional para paliar la crisis agrícola de aquel entonces, según establece el informe “Gestión del riesgo de sequía y otros eventos climáticos extremos en Chile” de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura, publicado en 2010.

Después de la sequía de 1968 los comuneros recuerdan la de 1996, en la que los sistemas de abastecimiento de agua y riego se vieron racionados y a punto de colapsar en gran parte de la región, si no hubiese sido por las intensas precipitaciones invernales de 1997. Las lluvias torrenciales causaron estragos en la región de Coquimbo, desbordándose ríos y canales, arruinando cultivos y llevándose casas, pero dejando un superávit hídrico en una zona que sufría escasez de agua. Hoy los comuneros de El Pangue ven las lluvias torrenciales como un lejano recuerdo.

Durante el fatídico 2019 las precipitaciones totales en La Serena, capital de la región de Coquimbo, fueron de 12.2 mm, según la Dirección Meteorológica de Chile, cuando el rango normal es entre 25 y 68 mm en los meses de invierno. Específicamente en la comuna de Canela cayeron solo unos 16.3 mm. El déficit es claro.

“Imagínese, estamos hablando de más de 10 años con sequías fuertes, y ha sido constante. Las vertientes se han ido secando, algunas ya se secaron definitivamente. Los animales de repente no hay con qué mantenerlos, y sin agua los animales se mueren. El 2019 fue terrible, cuánto animalito perdimos por estos lados a causa de la sequía”, cuenta afectado Isidro Robles.

En El Pangue las esperanzas ya se veían perdidas. Cuando llegó 2020, los comuneros ya se habían resignado a otro año seco, lo que en cierta medida fue verdad, pero no del todo. Los primeros meses de invierno llovió alrededor de tres veces, principalmente en junio, situación que no se veía desde hacía varios años en la comunidad, ya acostumbrada a la ausencia de gotas. Para los habitantes de El Pangue era imposible no guardar algo de esperanza: “¿Y si este año es diferente?” “¿Y si llueve de verdad?” “¿Y si llueve como antes?”, se preguntaban.

Mas todos sabían que debían mantener las expectativas a raya, pues agosto era el mes definitorio, el mes que marcaba si las siembras de trigo y cebada espigarían y si los cerros se volverían verdes, como alguna vez lo fueron. Faltaba solo una lluvia en agosto, por lo menos una, que completara el ciclo de agua necesario para las siembras y la vegetación de los cerros. Pero esa última lluvia no llegó. Agosto fue seco, como el resto del año, como el resto de los años.

Ramón Valencia Guerra, de 57 años, nació y vivió buena parte de su infancia en El Pangue antes de migrar a la ciudad. Cuenta que cuando el año es bueno puede llover desde abril hasta incluso octubre, la lluvia “mata pajaritos”, como le llaman allá. “En los años buenos llueve -o llovía- más o menos entre seis y siete veces. Cuando es malo a veces llueve una pura vez, y a veces ni eso, unas *garuguitas* solamente. Es bien relativo, pero los últimos años no ha llovido más de dos o tres veces como máximo”, señala.

Así lo comprueban los boletines mensuales de Información Pluviométrica, Fluviométrica, Estado de Embalses y Aguas Subterráneas de la Dirección General de Aguas. Como consecuencia de las bajas precipitaciones, para agosto de 2020 la gran mayoría de ríos en Chile habían disminuido sus caudales, pese a que, en comparación con 2019, estos fueron un poco mayores. Sin embargo, para ambos años la verdad es una, y esa es que los caudales de los ríos se encontraban bajo sus promedios estadísticos e incluso bajo sus correspondientes mínimos. Ciento diez acuíferos del país se encuentran actualmente con una demanda comprometida superior a su recarga.

Lo mismo ha ocurrido con las aguas subterráneas. Las napas, en las que tanto confiaban los habitantes de El Pangue hace algunos años para hacer sus pequeños pozos familiares, hoy están cada vez más profundas y escasas. Las casas en El Pangue se han construido históricamente cerca de alguna fuente de agua que asegure la subsistencia. Sin embargo, estas fuentes de agua natural, ya sean napas, quebradas o vertientes, se encuentran más y más secas. Esta es la única forma de abastecimiento hídrico que tienen los comuneros, además de los camiones aljibe, y cada vez se ve más amenazada.

Las aguas subterráneas han mostrado una clara tendencia al descenso en los últimos años. Esto tiene varias causas, pero las más importantes son la excesiva extracción humana, la menor recarga de las napas debido a la deforestación de los sectores altos de las cuencas y el gran déficit que se ha venido observando en el régimen de lluvias. Diversos estudios han concluido que los factores anteriormente mencionados son difícilmente reversibles, razón por la que se ve complejo que las aguas subterráneas tengan recuperaciones significativas en el futuro.

“Antes nosotros sembrábamos y cosechábamos el porotito, el zapallito, la zanahoria, la betarraga y muchas cosas más. Antes cuando teníamos agua, ahora que no *tenimo* agua no cosechamos *na'*. La base principal es el agua, porque sin agua nos morimos igual que los pescados”, cuenta con suma preocupación Alberto Rojas.

El rumbo que ha tomado 2021 no pareciera dar esperanzas de que las cosas vayan a cambiar. Las alarmas se han vuelto a encender, y Chile podría registrar nuevamente un récord

de bajas precipitaciones, asemejando la difícil situación vivida en 2019. Al terminar el invierno de 2021, el país acumulaba un promedio de precipitaciones muy inferior al de la media histórica. Para finales de agosto de 2020, la estación meteorológica Canela Baja (Liceo Padre José Herde) había acumulado 57.4 mm de lluvia, mientras que este año, a la misma fecha, cayeron solamente 13,2 mm. El déficit entre este año y el anterior es de un alarmante 73%, lo que preocupa y desesperanza profundamente a las y los comuneros.

En agosto de 2021, el Panel Intergubernamental del Cambio Climático (IPCC) publicó un contundente informe centrado en la base científica de este fenómeno. El reporte señala, entre otras cosas, que el cambio climático causado indudablemente por la acción humana ha llevado al mundo a su periodo más cálido en 2.000 años, y tendrá efectos irreversibles durante milenios.

No hay medida de mitigación posible a estas alturas que frene al aumento de la temperatura en el planeta. En el mejor de los casos, y con una política de tolerancia cero a las emisiones de CO₂ antropogénicas, el aumento de la temperatura sería de todas formas de 1,5 grados para 2040. Este aumento no viene solo, ya que conlleva también la aparición de mayores eventos climáticos extremos como inundaciones, olas de calor y... sequías.

Chile seco llegó para quedarse y El Pangue sin lluvias pareciera que también.

AL MAL TIEMPO POCO QUESO

Si hubiese que definir las principales actividades productivas que se desarrollan en El Pangué, la ganadería caprina y ovina son las que generan mayor cantidad de ingresos, sin embargo, son actividades que se realizan a pequeña escala, a nivel familiar, y cada vez en menos cantidad.

El caso de la cabra es especial, porque pese a que existe un mercado para la carne de este animal, su potencial máximo radica en la leche, más específicamente en el queso que se fabrica con ella. La temporada más importante para los criadores de cabras empieza en agosto, cuando las cabras empiezan a parir. Con los partos viene la temporada de lactancia, y las cabras pueden dar leche fácilmente hasta diciembre. Si son llevadas a la cordillera para internarse durante el verano, las cabras siguen lactando hasta marzo.

Al extraer esta leche, los campesinos crianceros pueden empezar con la fabricación del queso de cabra, una delicia gastronómica en la que los 200 gramos de grandes empresas productoras como Santa Rosa o San Benito rondan los \$4.600 pesos en las cadenas de supermercado nacional.

Pero el queso que se hace en El Pangué no es fabricado y comercializado bajo los estándares industriales de este tipo de empresas. El queso que se hace aquí es de carácter artesanal, y no por eso menos sabroso. Si ha sido un buen año, si las cabras han sido llevadas a la cordillera, y dependiendo del talento del quesoero, el sabor del queso de cabra de El Pangué no tiene nada que envidiarle a los autodenominados quesos premium o gourmet que comercializan las grandes empresas.

En El Pangué la fabricación del queso de cabra es un oficio que se transmite de generación en generación, y que ha marcado el desarrollo y subsistencia de la comunidad a lo largo de las décadas. La cabra ha sido siempre un animal noble con los comuneros, su leche ha alimentado a todas las familias y los ingresos por el queso, algunos más y otros menos, ha permitido juntar dinero para pasar los años malos, vestir familias y comprar alimento para los animales.

Pero igual de noble como demandante es la crianza de las cabras. Este nunca ha sido un trabajo fácil, es sacrificado, más en comunidades de secano como El Pangué, en que hay que estar buscando el escaso forraje para que los animales se alimenten. Se sueltan cabras y ovejas desde sus corrales todos los días para que busquen su alimento en los alrededores, luego todas

las tardes, antes de que anochezca, deben ser rodeadas para llevarlas de vuelta al corral. Y cuando están lactando, todos los días hay que ir a sacarles leche, a veces en la mañana y en la tarde.

Sin embargo, al igual que el resto de las actividades productivas, la crianza de cabras se ha visto cada vez más disminuida. Debido a la sequía y la migración de la gente joven a ciudades con mayores oportunidades educativas y laborales, El Pangue se está quedando sin cabras y sin recambio generacional para asumir tareas como la fabricación del queso.

"Aquí en el campo siempre se ha vivido de los animales, y antiguamente había muchos más y se hacía mucho más queso. La verdad es que la cabra siempre ha sido el animal de esta zona, y el que se ha mantenido", cuenta la comunera Marta Robles.

En su infancia, mientras crecía, Marta recuerda que sus padres criaban cabras, más de 100. Su padre salía a vender a Mincha los quesos que hacían, y con el dinero de los quesos vivían, con eso los vestían a ella y a sus hermanos.

La crianza de cabras ha sido en los últimos dos siglos una de las actividades más importantes de los campesinos de la región de Coquimbo. Sin embargo, su rentabilidad no puede compararse a la de épocas anteriores. La sequía ha hecho que la crianza de animales, en general, sea cada vez más difícil. El 2019 fue un año crítico, aparte de coronarse como uno de los años más secos en las últimas décadas, trajo consigo una merma importantísima, y en algunos casos liquidación total, del ganado de los habitantes de El Pangue.

El caso de las ovejas es el mismo. Si bien El Pangue se ha caracterizado por la crianza de cabras, las ovejas han ido introduciéndose como otra opción de crianza desde hace varias décadas, ya que la venta de corderos se paga mejor que la de cabros. Las especies macho son las que se suelen vender para el consumo de carne. Pero al igual que la de cabras, su crianza se ha vuelto difícil.

Si bien el ataque de animales carnívoros y la pérdida por robos son algunos de los factores de la merma de ganado, todos los comuneros coinciden en que la sequía es lo que más complica la tenencia de animales. Hace unos 15 años también se criaban cerdos en la comunidad y la mayoría de las familias tenían estos animales en corrales cercanos a sus hogares. Sin embargo, hoy los únicos que conservan cerdos son el matrimonio de Hernan Vargas y Nilda Maturana. Para el resto su mantención se ha hecho insostenible.

Lo que queda en los hogares de El Pangue son gallinas, mulas y burros, porque como dice Isidro Robles, "se salvan solos", y algunos caballos, que si las circunstancias son favorables pueden ser vendidos.

Hoy Marta Robles no tiene ninguna cabra. En 2018, entre cabras y ovejas, tenía 46. Pero en el lapso de un año le quedaron solo dos ovejas. Algunas murieron, otras se perdieron, y las que se pudieron salvar se vendieron. “Las vendí a \$8.000 y ahora cuesta como \$70.000 una cabra, ya que cada vez está escaseando más el ganado”, explica.

A Marta le gustaría volver a tener cabras y no soporta el hecho de querer comer queso y tener que comprarlo, querer un pedazo de carne y tener que comprarlo. Cuando vienen sus hermanos a visitarla, ya no tiene ningún animal para carnear y agasajarlos, y eso la entristece. Aparte de estas dos ovejas, Marta con su esposo solo tienen algunas gallinas, un perro y dos burros.

Cuando tenía cabras, hacía queso para su consumo y para vender en pequeñas cantidades. A veces iba un comerciante de Illapel que compraba quesos de todo tipo en las distintas comunidades. Los últimos quesos que vendió, en 2018, sumaron en total un poco más de tres kilos y le pagaron \$15.000 pesos. Hoy, los que todavía pueden hacer queso lo están vendiendo aproximadamente a \$8.000 pesos el kilo; es ese el precio que ofrecen por el queso de El Pangue.

La historia de Marta con los animales es también la historia de su hermano Pedro, de su vecino Isidro, de Rosa y Alberto, y de toda la comunidad, que trata de sacar adelante, más que nada a fuerza de voluntad, la crianza de animales.

"Ya este último año malo nos dejó sin cabras y sin ovejas. Alcancé a rescatar solo algunas poquitas, cuatro cabras, dos *capados* (cabros castrados) y doce ovejas. En los años malos no tenemos qué darle a los animales. Es poca la ayuda que recibimos del Estado. No se acuerdan que este sector es un sector seco y que hay que respaldarlo más. Los animales no se mueren porque uno no los cuide, es porque no hay agua, y eso es algo que sufrimos nosotros acá, que no se sufre de la misma forma en todos los campos de Chile", cuenta con pesar Isidro Roble.

Abigeato: El robo de ganado del que poco se habla

Luego de un año tan seco como fue 2019, vender al precio que fuera era una de las únicas opciones que iba quedando. Más aún cuando la “desaparición misteriosa” de animales se ha vuelto un evento cada vez más recurrente, tanto en El Pangue como en las comunidades cercanas. Ese año, a Oriel Astudillo le robaron 25 cabras. Las buscó por todo El Pangue y los alrededores, pero se esfumaron como por arte de magia.

A los días se enteraron que a dos conocidos suyos, de la comunidad de Martinillo, vecina de El Pangue, les habían robado 50 y 70 animales a cada uno. Marta, quien contó esta historia, y quien además es familiar de una de las personas a quienes les robaron animales en Martinillo, señala que todo apunta a un robo organizado.

"Eran animales vacunados para ir a la cordillera, tienen que haber sido dateados por gente que conoce estos cerros y caminos. Deben haber esperado en algún punto para cargar un camión y llevárselos", explica.

Más allá de si fue un robo orquestado por cuatrerros profesionales, o si fue una seguidilla de robos individuales no relacionados, la realidad es que la desaparición de animales se ha hecho cada vez más frecuente en los últimos años, tanto en estas tierras del Norte Chico, donde la sequía abunda y los animales escasean, como en el resto del país.

El abigeato es el nombre con el que se conoce el delito de robar ganado. Este término fue introducido al Código Penal recién en 2006 como delito autónomo, gracias a la Ley N° 20.090. Esta ley buscaba sancionar con mayor rigor el robo de ganado y facilitar el desarrollo de las investigaciones por este crimen.

En 2012 se puso en marcha el Formulario de Movilidad Animal (FMA), en el marco del Programa Nacional de Trazabilidad Animal del Servicio Agrícola Ganadero (SAG). El formulario puede solicitarse tanto en el SAG como en Carabineros de Chile. Sin embargo, este no obliga a carabineros a examinar el cargamento de ganado que lleva el transportista antes de partir, así como tampoco se solicita el timbre de la institución en el documento de transporte antes de iniciar un recorrido, a diferencia de como lo hacía el antiguo protocolo. Esto, acompañado por la laxitud por parte del SAG y Carabineros para comprobar los datos que se afirman en dicho documento, ha facilitado el transporte ilegal de ganado de todo tipo. Es lo que denuncian algunas organizaciones crianceras de distintas partes del país.

Saltar la fiscalización resulta fácil, ya que el actual documento es solicitado solo en caso de ser objeto de un control carretero azaroso, por lo que, de no encontrarse con ninguno, un ladrón de ganado fácilmente puede transportar animales desde Canela a un matadero de Santiago sin que nadie siquiera se entere, sin dejar rastro.

Una investigación de la revista estudiantil de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad Católica, *Kilómetro Cero*, reveló que, desde el año de su inauguración en 2012 hasta 2019, las causas ingresadas por robo de ganado han aumentado en un 24% a nivel nacional, según el Instituto Nacional de Estadísticas.

Al final del día, la única realidad que ven los habitantes de El Pangue es que la crianza de animales se ha vuelto cada vez más difícil, las condiciones climáticas cada vez son menos

favorables, y las políticas institucionales de los organismos públicos que debieran ampararlos, cada vez son más escasas, cuando no ineficientes.

TRASHUMANTE DE LA CORDILLERA

Antiguamente la práctica de llevar al ganado a pastar a la cordillera e internarse junto a ellos durante los meses de verano era algo recurrente. Hoy esa antigua tradición es cada vez menos frecuente, y en el caso de El Pangue casi inexistente. El envejecimiento y la merma de la población ha afectado en todos los ámbitos. Las condiciones de antaño no son las mismas que las de hoy.

La internación en la cordillera y sus alrededores, también llamada veranada, es una práctica centenaria que realizan los crianceros de la región de Coquimbo, entre otras regiones, con el fin de engordar el ganado en los meses de verano. Los crianceros caprinos realizan estas internaciones además para producir queso de cabra. El fenómeno, asociado a la ganadería y al pastoreo, es también conocido como trashumancia, un tipo de nomadismo que consiste en el traslado de rebaños de una región a otra en búsqueda de alimentos.

Esta es una larga tradición que se remonta al periodo prehispánico y perdura hasta la actualidad bajo la figura del arriero y el criancero. En Illapel la tradición fue decretada como celebración oficial en 2011, como “Día de la Trashumancia y Criancero Caprino”, y se celebra durante una fecha a determinar entre el 15 de noviembre y el 15 de enero, según el decreto alcaldicio.

Existe una preocupación general por que esta práctica pueda desaparecer por el uso masivo de los camiones para el traslado de los animales, o por las nuevas formas de administrar económicamente los rebaños, donde el ganado puede ser alimentado con productos preparados, sin necesidad de buscar los pastos en las alturas cordilleranas.

Pero, ya sea para la compra de alimento como para el traslado de animales en camión se necesita dinero, el mismo que no abunda en comunidades como El Pangue. Si bien existen antecedentes de la Municipalidad de Canela entregando pequeños subsidios para estos fines, son los menos. Según cifras de la municipalidad, solo se registran dos aportes económicos por gasto de traslado de ganado a la cordillera entre 2016 y 2021, por \$357.000 pesos cada uno, a personas de localidades distintas a El Pangue. Los beneficios son aislados, y no cubren las necesidades totales de una comuna con un alto índice de población ganadera precarizada.

Flavio Valencia Guerra nació en El Pangue en 1958 y pareciera que nunca terminó de irse. En total fueron 15 los años en que vivió en la comunidad, desde 1958 hasta 1966 y desde 1973 hasta 1979. Es sobrino de Vitalia Guerra y hermano mayor de Ramón Valencia. Hoy

Flavio tiene 63 años y vive en Viña del Mar, pero cuando habla de El Pangue le brillan los ojos y, cuenta con precisión fotográfica lo que aprendió en esos 15 años, como si nunca hubiese abandonado los cerros de su infancia y juventud.

La vida en el campo le hacía sentir libre, pero era dura, a veces cruel.

En 1966 se fue a Santiago, siguiendo a sus padres, hermanas y hermanos que se habían ido un año antes. Él se había quedado con su tío, Armando Pereira. Nunca terminó de adaptarse a Santiago, lo que lo llevó a grandes discusiones con su padre, hasta que este último terminó por ceder frente a la tozudez de su hijo y le permitió devolverse a la comunidad agrícola. Flavio, ya con casi 15 años, había vuelto a su tierra natal. Un año después, luego del golpe militar, su padre, madre y hermanos volvieron a El Pangue. Su padre tenía una botillería en Santiago y era abiertamente de izquierda. La familia dejó de sentirse segura en la capital, por lo que volver al campo parecía la mejor opción.

Flavio empezó a criar cabras cuando llegó de nuevo a El Pangue. Algunas se las dio su tío y otras se las compró su padre para que él las administrara. Fue en el verano de 1975 cuando por primera vez se internó con ganado en la cordillera, a la edad de 16 años. Flavio hizo este viaje cuatro veces, desde 1975 hasta 1978.

La travesía de las veranadas, por regla general, se desarrollaba desde mediados de diciembre hasta finales de marzo o los primeros días de abril. “Como es normal, después de la primavera se seca el pasto. Entonces ¿qué pasa? Que la producción de leche baja, la cabra con pasto seco da menos leche. Entonces una de las razones es que si tú vas a la cordillera, después del hielo sale *yerbaje*, que no es pasto. La cabra busca el yerbaje y los arbustos, no el pasto preferentemente, las engorda más, tiene más nutrientes para ellas”, dilucida Flavio Valencia.

En el comedor de su casa, con total paciencia y un atlas abierto de par en par Flavio explica las diferencias entre la cordillera chilena y la argentina. La primera suele presentar menos vegetación, mientras que la segunda tiende a ser más abundante y por lo tanto de mejor calidad para los animales. “Nosotros seguíamos el río Choapa, terminaba ese río y cruzábamos para la Argentina”, señala.

La otra razón porque se hacían estos viajes a la cordillera era por la extrema escasez de pasto durante el año. Yendo a la cordillera se aseguraban tres meses de comida para poder mantener a los animales. Después de esos meses los ganaderos volvían con los animales repuestos y gordos para enfrentar el invierno.

La duración del viaje también era variable, dependiendo de adónde fueran. Si los crianceros iban a la cordillera chilena se demoraban en llegar de ocho a diez días. En cambio,

si iban a la cordillera argentina, como lo hacía Flavio junto a otros crianceros de la zona, se demoraban 16 días en llegar, y ahí se quedaban durante tres meses.

Los animales que los acompañaban eran de varios tipos dependiendo del tipo de ganadería. Algunos llevaban burros para la carga de utensilios y quesos. Pero lo mejor para esta tarea eran los mulares, cruce entre una yegua y un burro usada en los campos para realizar trabajos de carga. A las mulas podían cargarle 120 kilos de queso y caminaban todo el día, mientras que al burro solo 60 kilos, que además, por naturaleza, es más lento.

Flavio, que iba con mulares, debía llevar por lo menos una *yegua madrina*. La función de esta yegua era guiar a los mulares, que de manera instintiva la seguían por el trayecto; los mulares nunca andaban solos. Esta yegua no iba cargada como las mulas y solo se encargaba de liderar la tropilla.

Los perros eran otro animal indispensable para el trabajo de pastoreo de las cabras. Cada rebaño se movía, por lo menos, con un perro. Flavio todavía recuerda a los primeros perros que llevó desde la casa de su tío; se llamaban Frontera y Ranger y murieron hace ya varias décadas, y después le siguieron Yuli y Niño. "Es difícil dominar los ganados. Allá el que no tiene un perro bueno está jodido. Por eso a veces entre conocidos se prestaban los perros", cuenta Flavio. En aquellos viajes, que compartía con otros ganaderos, guió 750 cabras la primera vez y 1300 la segunda.

Pedro Robles y Flavio Valencia son amigos de toda la vida. Se conocieron en El Pangué, e incluso compartieron un viaje a la cordillera en 1976. Pero el recuerdo que comparte Pedro sobre este tipo de travesía es anterior, tres años antes, su primer viaje, en diciembre de 1973, tres meses después del golpe de Estado. En esa ocasión fue con su padre.

Ese año les tocó esconder y llevar a gente que iba arrancando del país para cruzar hacia la frontera argentina en busca de asilo de la dictadura cívico-militar. "Entre medio de los ganados, los llevábamos camuflados, agachados entre todos los animales. Con don Armando Aguilera llevábamos como 4000 cabezas de ganado esa vez. Ellos aparecían por los cerros y nos pedían si los podíamos pasar camuflados", cuenta.

Pedro, junto al resto de arrieros, se fueron encontrando con estos disidentes políticos antes de cruzar la cordillera al país trasandino. Primero se toparon con una pareja, un matrimonio, después con otro matrimonio más, y después con un hombre solo. "Nosotros nos encontramos cinco no más, pero pasaban por diferentes lados, todos tratando de escapar", relata.

Fue tanta la gratitud que sintieron hacia los ganaderos que los ayudaron a escapar, que incluso después de haberlos cruzado a territorio argentino, uno de los matrimonios se

mantuvo en contacto con el padre de Pedro. Durante algunos años le mandaron postales desde Argentina, en eterno agradecimiento por haberlos socorrido y ayudado a huir.

La ruta hacia la cordillera argentina

La logística de estas expediciones no era nada fácil; había que coordinar varias tareas a la vez. En el trayecto había que ir buscando forraje para los caballos y las mulas, el que a veces era proporcionado por familiares y conocidos que vivieran cerca de la zona donde se fueran alojando, generalmente al principio del viaje.

Buscar lugares para amarrar y alimentar a los caballos y mulas en la noche era otra tarea importante. A lo largo de la ruta había también campesinos que arrendaban corrales y establos con este fin. Cuando se instalaban en algún lugar y soltaban a las cabras para que pastaran había que ir a *rodearlas* con los perros para que, luego de haber comido, no se perdieran.

En cuanto a los utensilios y herramientas que se llevaban para la travesía, estaban los fondos para recolectar la leche, y las ollas y teteras para cocinar. Los víveres que se llevaban para cocinar eran mote, harina tostada, frangollo (grano del trigo crudo sin hollejo) o majao, arroz, azúcar, harina, entre otros.

“Nada perecible. Algunos llevaban tarritos de conserva de jurel, pero eso ya era un lujo”, cuenta Flavio.

Durante el camino les resultaba difícil poder fabricar queso, ya que junto a las cabras iban sus cabritos, que se alimentaban de su leche. Reponer a los cabritos que estaban más flacos era una prioridad en estos viajes. Flavio explica la naturaleza comunitaria que se daba en estos viajes a través de una historia. En su primer viaje su tío Armando llevaba en muy buenas condiciones a sus cabras, y su hermano, Mamerto Pereira, de la comunidad de El Almendro, también. Sin embargo, los primos de los hermanos Pereira, que contrataron a Flavio para esta travesía, tenían familias muy numerosas, y por lo mismo sus recursos eran más escasos.

“Como tenían hartos hijos ellos les sacaban leche a las cabras en la mañana y en la tarde. Entonces a los cabritos les quedaba muy poca leche. En cambio mi tío Armando les sacaba leche solo una vez al día. Había cabritos que iban en mal estado, dando pena, porque iban quedando atrás y a veces tienes que dejarlos. Cuando empezamos a subir la cordillera tuvieron que dejar a una tropilla como de 15, porque no daban más e iban retrasando el ganado. Entonces ¿nosotros qué hacíamos? La leche se la dábamos a esos cabritos, y si sobraba era

para nuestro consumo y para los perros. Yo siempre sacaba algo de leche para los perros, porque eran fundamentales en esta misión” cuenta.

La ruta que podían hacer los ganaderos para llegar a la cordillera era variada y dependía del destino final al que quisieran llegar. Flavio con su grupo partían desde El Pangue con el fin de llegar a la cordillera argentina. La primera alojada era en la Quebrada Rungue, bastante cerca de El Pangue. Avanzaban poco ese primer día porque en la Quebrada Rungue esperaban a quienes venían de El Almendro, y ahí se juntaban los rebaños para continuar la ruta.

El segundo lugar en que paraban a pasar la noche era en las Cañas Altas, un sector de Canelillo. Luego de esto seguían hacia el río Camisas, en Monte Oscuro, que Flavio reconoce como la primera odisea del viaje. “En ese tiempo no había puentes allí, y el agua pasaba por el camino. Entonces, imagínate, los cabritos de El Pangue ni conocían el agua”, cuenta Flavio.

El río Camisas fluye en dirección al río Choapa, una de las principales arterias de la región, y en aquellos tiempos los ríos de la región traían mucha más agua, por lo que la tarea no era algo fácil, ameritaba destreza y fuerza. “Teníamos que sacarnos los zapatos y meternos al agua. Entonces uno tiraba el cabrito y otro lo sacaba para el otro lado, y así con todos para que no se devolvieran”, explica.

La ruta seguía por Quelen, pasado Salamanca, donde se hospedaban una noche. Existía otra ruta cordillerana que era adentrándose por Salamanca hacia el lado norte, pero el grupo hacía un camino diferente. “Nosotros nos íbamos por el lado sur del río. Éramos unos de los pocos que nos íbamos por ahí. ¿Por qué razón? Porque viajaba mucha menos gente y había mucha más comida en los callejones para los animales. Por el otro lado, los caminos eran más pelados. El primero comía, el segundo un poquito y el tercero ya no comía nada”, aclara Flavio.

Después de Quelen se alojaban en Coirón, y siempre buscaban lugares con corrales, que permitían combatir de mejor manera ciertos instintos animales. En las noches de luna más llena, por ejemplo, las cabras intentan pastar de noche. Al ir caminando durante todo el trayecto, las cabras quemaban fácilmente el alimento que devoraban, iban con hambre. Por lo mismo trataban de ocupar la luz de la luna para buscar comida, pero como se podían perder, los crianceros trataban de asentarse en lugares con corrales durante esas noches, para evitar este problema.

Cuando no se encontraban corrales, los mismos ganaderos hacían el cerco en la noche, utilizando sus propios cuerpos, es decir, ponían a las cabras al medio y se instalaban con los perros para dormir alrededor, uno próximo al otro, formando un corral humano. “Yo no me hacía problema porque si trataban de irse mis perros ladraban enseguida. Son indispensables,

y después ya en la cordillera uno llamaba a los perros para que se fueran a echar contigo en la cama, porque además te dan abrigo”, recuerda Flavio.

Mientras iban cruzando el trayecto de parcelas y ríos principalmente, no pasaban frío, ya que se encontraban en pleno verano. Pero cuando empezaban a ascender en altura el frío se iba haciendo presente. “Había que llevar carpas para cuando llegas allá. En la cordillera te quedas a vivir un tiempo, a veces llovía y hasta nevaba por lo que había que ir preparado”, cuenta.

Después de Coiron seguían su ruta para alojar una noche en Corrales Nuevos, se levantaban y emprendían el viaje hasta Valle Tranquilla, donde se internaban por fin en la precordillera. Durante esos años este era un valle amplio y cerrado, pero con el tiempo se fue parcelando. En ese entonces funcionaba como un potrero gigante para dejar sueltos a los animales y que pastaran en sus vegas..

Desde allí subían a lo que sería la primera alojada en la cordillera propiamente tal. Este punto se llamaba Otero, y al igual que otros lugares, no aparece representado en los mapas. Era un lugar conocido solo por aquellos que transitaban esas rutas, quienes guardaban a su vez la memoria geográfica de generaciones pasadas.

“*Es de nombre helada*, siempre hacía frío. Los alojamientos uno los va buscando por donde se encuentran las vegas, porque ahí tienen comida los caballos. La cabra entrando a la cordillera no tiene problema porque va comiendo todo el rato, pero el mular que va trabajando no come casi nada”, explica Flavio.

Ya encontrándose en plena cordillera, la próxima alojada era subiendo hasta el río Leiva. Desde el río Leiva la ruta seguía por el Paso de la Honda, que se encuentra a 4.135 metros de altura sobre el nivel del mar, a punto de cruzar la frontera argentina. Desde el Paso de la Honda los ganaderos seguían el curso del río de la Honda que los guiaba hasta el Valle de los Patos, territorio argentino en el que terminaba el viaje para por fin instalarse durante los tres meses siguientes. Flavio cuenta que aquí había lagunas y algunas cuevas, que usaban algunos de los ganaderos para dormir y guardar los quesos. Se instalaban entre dos de los cerros más altos de Latinoamérica, el cerro Aconcagua con 6.959 metros de altura y el cerro Mercedario con 6.770 metros.

“Para resumir, prácticamente nuestro recorrido era el Río Choapa de *Pe a Pa*, porque el río Leiva desemboca en el Choapa. Nosotros caminábamos prácticamente siguiendo el Choapa”, resume Flavio. El trayecto total que recorrían era de más de 130 kilómetros. Cruzaban el país casi de costa a cordillera.

La fabricación del queso empezaba cuando se instalaban en el Valle de los Patos, al final del viaje y en tierra argentina. “El primer día se sacaba toda la leche junta, y se hacía el primer queso para comer entre nosotros”, cuenta el antiguo transhumante. En ese lugar se dejaba a las cabras circular más libremente, pues no había muchos lugares en los que podían perderse. En la cordillera, el yerbaje se distribuía principalmente en las zonas bajas. Mientras esta iba adquiriendo altura se volvía cada vez más rocosa, condición que no era atractiva para el ganado caprino.

En la parada final también se separaban, de una vez y por el resto de la estada, a las cabras lecheras de los cabritos lo suficientemente crecidos para pastar, y aprovechaban de castrarlos. El cauce del río les quedaba perfecto para separar a las cabras de sus crías, y así poder empezar con la fabricación de queso.

Hoy en la comunidad de El Pangué solo Nilda Maturana sigue mandando sus cabras a las veranadas, pero a una ruta muchísimo más cercana a El Pangué. Ya no cruzan hasta la cordillera argentina.

“En El Pangué debieran unirse e ir juntos a la cordillera. Porque ahora que hay sequía y escasez de pasto, lo que las cabras comen en el verano quedaría más para el otoño. Llegarían más gorditas y habría mejor producción”, explica Flavio.

Si Flavio volviera a El Pangué, plan que no descarta, retomaría la práctica de la cordillera. Le gustaría formar también una cooperativa con el resto de comuneros, ya que el queso de cabra en estos momentos es un bien de consumo con precio elevado. Más el cordillerano, que posee una textura más espesa y cremosa gracias a los nutrientes que entregan el yerbaje de esas montañas.

“No es como en los tiempos que íbamos nosotros, que pagaban una mugre. Nosotros salíamos como con 2.000 kilos de queso en esos tiempos, un montón. Pero ahora nadie lleva más de mil cabras, la sequía disminuyó el número de cabras que tiene la gente, por eso el queso ahora vale”, declara el eterno panguino, quien aún cuenta con un derecho en la comunidad.

SOLO BUSCA EL ARRAYÁN

La geografía que posee Chile está caracterizada por bordes costeros a bajas alturas, áreas áridas y espacios propensos a la desertificación, además de zonas urbanas con problemas de contaminación atmosférica, que potencian negativamente los efectos de cualquier sequía natural.

El estudio *Atlas del Cambio Climático en la zonas de régimen árido y semiárido*, citado con anterioridad, ya establecía en 2014 que la región de Coquimbo no estaba preparada para soportar sin impacto negativo un periodo muy seco que perdurara por más de dos años. Desde eso ya han pasado siete, y la sequía no ha dado tregua, llevando a la región a una condición de extrema vulnerabilidad hídrica.

En este estudio además se presenta el concepto de índice de vulnerabilidad hídrica, que busca clasificar a las comunas de acuerdo a la fracción de la tierra cultivable que está bajo la condición de secano, y por lo tanto más vulnerable a las variaciones del clima. Así, una comuna donde esa condición existe en forma predominante, como lo es Canela, será más inestable frente a un cambio climático. La región de Coquimbo muestra la mayor vulnerabilidad hídrica de la zona central, especialmente en estepas con influencia marina como El Pangue, donde se combina la condición de secano preponderante y elevada aridez.

La vulnerabilidad hídrica está fuertemente relacionada con la aridización de los suelos. La degradación ecológica en la que el suelo fértil pierde total o parcialmente su potencial de producción es conocido hoy como desertificación debido, entre otras cosas, a que le otorga al paisaje un aspecto más desértico. Los expertos señalan que las principales causas de este fenómeno son el cambio climático, la degradación de los suelos y la pérdida o empobrecimiento de la cubierta vegetal. Es importante entender además que la desertificación puede ser agravada por la influencia humana a través de prácticas como la deforestación y la agricultura insostenible.

Las cifras son preocupantes, por cuanto se estima que el 76% de la superficie chilena está afectada por sequía, desertificación y suelo degradado, lo que representa una pérdida de patrimonio vegetal irreversible. Esto se da sobre todo en la región de Coquimbo, como consecuencia de conformar el borde del desierto de Atacama, el más árido del mundo.

Se estima que las precipitaciones disminuirán en torno a un 20% hacia mediados de siglo en la zona árida y semiárida de Chile, lo que junto a un aumento generalizado en las

temperaturas, tendería a modificar el régimen de aridez, desplazando los actuales límites del desierto de Atacama hacia el sur y provocando una aridización en toda la zona central del país.

“Pues claro, es cosa de mirar no más. Nosotros, la gente de secano, que dependemos totalmente de las lluvias para cultivar y vivir, hemos visto cómo se ha deteriorado nuestra tierra. Antes esto era verde, pero ahora, todo café y amarillo”, dice la actual presidenta de la junta de vecinos de El Pangué, Rosa Castro.



El Pangué, 1980. Fotografía de María Graciela Castro.



El Pangué, 2021. Fotografía de la autora.

En la región de Coquimbo, las pérdidas de suelos pueden llegar a las 20 toneladas de sedimentos por hectárea y por año en sectores montañosos, mientras que en sectores de serranía podrían alcanzarse pérdidas de entre 2 y 10 toneladas. Sin embargo, nada se compara a las zonas de cultivo en laderas, las llamadas “lluvias” en comunidades agrícolas como El Pangue, que son porciones determinadas de terreno de propiedad de la comunidad, y que se le asignan a un comunero y su familia por un período específico de tiempo para sembrar. En estas laderas las pérdidas podrían alcanzar hasta las 50 toneladas por hectárea y por año, conduciendo a una fuerte degradación del suelo en un período de 15 a 20 años.

Solo la pérdida de 12 toneladas de sedimento por hectárea representa el espesor de aproximadamente 1 milímetro de suelo. Por lo tanto, cuando se pierden 50 toneladas de sedimentos en un año, el suelo pierde más de 4 milímetros de espesor. Es decir, en unos 50 años se habrán perdido los 20 primeros centímetros de suelo, convirtiéndolo casi improductivo en sólo en un par de generaciones humanas.

Según el *Libro Rojo de la Flora Nativa y de los Sitios Prioritarios para su Conservación: Región de Coquimbo*, publicado en el 2000 por el Doctor en Biología Francisco Squeo, las comunas con mayor proporción de flora nativa en las categorías de conservación “en peligro” y “vulnerable” eran costeras y/o de media montaña. Esta tendencia estaría directamente relacionada con la destrucción de hábitat, tanto por factores climáticos como humanos. Canela es la segunda comuna en la región que sufre mayor peligro para la conservación de su flora, con un 19,4% de sus especies en peligro o en estado vulnerable, solo superada por Ovalle con un 20,9%, mientras que las con menores proporciones corresponden a comunas pre-andinas y andinas. Esta investigación señalaba ya en aquel entonces que al menos siete especies estaban en peligro y al menos 56 en estado vulnerable en la comuna de Canela.

“Para los que hemos vivido aquí, nos hemos criado y conocemos estas tierras es notorio el cambio. Con la sequía, árboles como el peumo y el molle, que antes en estas tierras abundaban, ya casi ni quedan, para qué decir el arrayán. Mi tío Armando era muy sabio, siempre decía, ‘si estás buscando agua busca un arrayán’, porque estos arbolitos no pueden vivir muy lejos de los cursos de agua, se secan, pero como ya no hay agua tampoco hay arrayanes”, cuenta Chelita Castro. Ella ya no vive en El Pangue, pero desde Huentelauquén siempre se hace el tiempo para volver.

LAS CASI EXTINTAS TRILLAS DE EL PANGUE

La aridización del régimen de lluvias, junto al aumento de la temperatura produjo una caída en el rendimiento de los cereales, lo que está haciendo desaparecer casi por completo su cultivo en la mayor parte de la región de Coquimbo. De la misma forma, las praderas naturales han visto seriamente reducida su productividad, afectando la crianza de cabras, la más importante fuente de sustento para las comunidades agrícolas de la región.

En años mejores, “en años buenos”, como dicen los comuneros, la siembra de cultivos anuales como el trigo y la cebada era una práctica recurrente. Y con ella venía uno de los acontecimientos más importantes para la comunidad, las trillas. Estas, más allá de ser la actividad que se realiza tras la siega del cereal para retirar el grano de la paja, resulta ser un momento importante de reunión para la comunidad. A la trilla de cada familia asiste el resto de la comunidad para ayudar.

Las trillas se realizan durante el verano, entre enero y febrero. Cuando se siembran cereales como el trigo o la cebada es necesario hacer la posterior separación del producto. El grano que es destinado al consumo humano se separa de la paja que se ocupa como alimento para los animales.

Las trillas pueden hacerse de diferentes maneras. Está la trilla a "yegua suelta", que se realiza con caballos y jinetes. Aquí, los animales pisan el cereal para separar el grano de la paja. Los preparativos parten juntando todo el cereal en una era, y dentro de esta era se introducen las yeguas y algunos jinetes. Los jinetes montados se posicionan detrás del resto de yeguas que van sueltas, y lo que ellos hacen es correr y guiar a los animales en vueltas circulares por la era para pisar el cereal. Dependiendo del número de jinetes que haya, estos se van turnando para llevar a cabo esta misión.

También existe la trilla “a collera”, que se realiza, por lo general, cuando la producción de cereal ha sido menor, y no amerita que participen tantos animales. Este tipo de trillas se llevan a cabo generalmente por los miembros de la familia. Tiene lugar también en la era, donde se introducen tres o cuatro caballos que van enlazados de la jáquima uno con otro, a través de una cuerda. Al centro de la era se posiciona una persona que sostiene esta cuerda y va girando para tirar de los caballos y guiar su galope en círculos para que pisen el cereal.

Para trillar se escoge un día y se le avisa a la vecindad y a las amistades. Las trillas en comunidades como El Pangue son procesos colaborativos. "Nadie trilla solo, pero uno como

dueño de la trilla debe dejar listos los preparativos. La gente llega a ayudarlo ese día", cuenta Oriel Astudillo, que a sus 71 años sigue trillando.

A Oriel Astudillo todos lo conocen como Lelo. Nació en El Pangue y ha vivido toda su vida allí. Jamás se casó. Su madre, Fresia Jorquera, nació en Tongoy y llegó pequeña a la comunidad, alrededor del año 1938. Sus abuelos maternos eran de El Pangue, estuvieron un tiempo trabajando en Tongoy, pero a los pocos años del nacimiento de Fresia decidieron volver. Oriel fue a la escuela de Agua Fría hasta cuarto básico, dejando sus estudios hasta allí. Pero lo que siempre le llamó la atención fueron los animales, en especial los caballos y todas las actividades que estos realizan.

"Yo tengo noción de las trillas desde muy pequeño, desde siempre, desde niño, cuando uno andaba tirando para adentro las espiguitas que saltaban fuera de la era. Pero a los 12 años ya corría en la era. Siempre fui amante de los caballos", cuenta.

Los gastos de comida y parte del bebestible son asumidos por el dueño de la trilla. Esta es una parte no menor del proceso, ya que el trabajo en la era viene seguido y recompensado por un buen almuerzo y una fiesta en la noche. La fiesta se hace para celebrar que la actividad se completó exitosamente.

"El dueño de la trilla tiene que estar ahí hasta que se vaya el último. Uno no puede echar a la gente", asegura Oriel.

En El Pangue las mujeres, en su mayoría, trabajan en la cocina, pelando el mote para hacer mote con huesillo mientras los hombres trillan en la era. El menú de la trilla contempla platillos típicos como la cazuela y el charquicán, para finalizar con un té con empanadas. Pero después de la comida todos se juntan, y en la fiesta todos celebran. Hombres y mujeres van a asearse y arreglarse para estar listos para la noche, donde se baila, se bebe y se conversa sobre la cosecha y otros temas de la comunidad.

El trabajo de la trilla se ve marcado por la separación de roles por género. Sin embargo, dentro de todo proceso existen excepciones. "Hace como tres años tuve una trilla y vino una *huasa* a correr a la era. Ella era de Agua Fría Alta, se llama Carmen Tabilo. Es bien entretenida esa señora, porque ella corría en la era, pero ya cuando terminaba de correr participaba con el resto de las mujeres ayudando en otras actividades", recuerda Oriel.

Antiguamente, por lo general todas las familias tenían como dos trillas por año, mínimo una. Desde la década del 90 en adelante se empezó a notar la disminución más marcada de esta actividad en El Pangue. Las familias que hacían dos trillas empezaron a hacer una, y así siguió disminuyendo. La razón: la sequía. Las lluvias empezaron a escasear cada vez más, y,

en consecuencia, también la producción de cereales, cuya principal fuente de vida son las aguas de lluvia.

"Si no llueve, no tenemos nada. Hay años que sale una pura trilla no más en El Pangue, o ninguna", cuenta Oriel Astudillo.

Pese al cambio de los años, y a su tendencia a la sequía, lo que no ha cambiado son los valores comunitarios que se ven representados a través de esta actividad. Así lo atestigua Chelita, quien recuerda que en 2016, su tío, Armando Pereira, ya enfermo de cáncer, alcanzó a sembrar y cosechar, pero que debido a su condición crítica se encontraba fuera de la comunidad para recibir atención médica en Huentelauquén. Sin embargo, eso no evitó que se hiciera la trilla.

"Esa fue una trilla grande, la última y ya después él falleció. Y se ocupó la sede para atender a la gente, porque como él ya estaba enfermito, la gente le hizo la trilla", cuenta Chelita.

Su primo, Ramón Valencia, recuerda al igual que ella cómo se ayudaban los comuneros cuando tenían problemas, como hace más de 50 años, cuando Benedito Olivares, uno de los antiguos comuneros de El Pangue, se accidentó.

"Me acuerdo que los viejos panguinos le fueron a sembrar y después le fueron a cosechar, porque él estaba re mal de su pierna. Yo tenía como 5 o 6 años y lo único que me acuerdo es que le íbamos a segar². Después que los viejos terminaran su siembra iban a ayudarlo a Benedito, y a pito de ni un peso", cuenta Ramón.

Luego del catastrófico y seco 2019, pasó lo que no había pasado desde 1979, uno de los años más secos de los que se tiene recuerdo. El Pangue se quedó sin trillas. El verano de 2020, luego de décadas de tradición, la comunidad vio interrumpida esta práctica.

Pese al panorama desalentador que planteaba el nuevo orden climático, Oriel Astudillo, junto a Pedro Robles, se arriesgaron a sembrar durante 2020. Con algo de suerte y las pocas lluvias que cayeron ese año, entre los dos pudieron sacar adelante una trilla nuevamente durante el verano de 2021.

² Cortar el cereal maduro y seco.



Trilla en El Pangué, 2021. Fotografía de la autora.

Desde un punto de vista social, los rubros más tecnificados y con mayor capital, como los correspondientes a frutales y semilleros, son menos vulnerables frente a cambios climáticos o de otro tipo en la producción agrícola, en comparación a rubros más simples, como el cultivo anual de cereales y praderas, que son el caso de El Pangué. Estos últimos están generalmente asociados a propietarios con menor poder adquisitivo, como los de esta comunidad, que año tras año batalla sus cultivos y reza para que llueva, y para que las siembras de cereales crezcan y no se quemen. Pero pareciera que cada vez sirve menos. Hoy, son pocos los que siguen cultivando estas especies, los que todavía tienen fe de que las lluvias podrían volver a caer.

“Ahora son pocas las trillas. Es como una reliquia que tenemos en el campo. Pero la siembra ya no da mucho. Se siembra, pero a la suerte, como siempre se ha hecho, pero ahora la suerte está cada vez más esquiva. Falla el agua, fallan las lluvias. Algunos seguimos sembrando pero cada vez con menos esperanza”, comenta Oriol sobre el desolador panorama.

MUCHO RUIDO Y POCAS NUECES

El 26 de agosto de 2021 la ministra de Agricultura, María Emilia Undurraga, decretó zona de emergencia agrícola por déficit hídrico en cuatro regiones del país, una de ellas Coquimbo. Este acto administrativo se contempla cuando existe daño en la actividad silvoagropecuaria, cuyas principales consecuencias en la agricultura familiar campesina son el daño en la actividad productiva y al negocio agrícola. Hasta octubre de 2021 eran ocho las regiones decretadas bajo emergencia agrícola: Coquimbo, Maule, O'Higgins, Valparaíso, Los Lagos, Biobío, Ñuble y parte de la Región Metropolitana.

Un decreto de este tipo permite entregar recursos económicos a los agricultores y campesinos para que puedan enfrentar las dificultades ocasionadas, en este caso, por la sequía, pero también por otros eventos. Junto con la declaración de emergencia agrícola se confirmó una inyección de 8 mil millones de pesos para las regiones afectadas.

La ministra Undurraga aseguró que este fondo de emergencia sería puesto a disposición de todas las regiones que lo requieran, a través de los gobiernos regionales y las autoridades locales para ayudar a la agricultura mediana y familiar. Y que además se complementarán con recursos de los Gobiernos Regionales y con otras medidas de otros ministerios.

En tanto, la Dirección General de Aguas (DGA) del Ministerio de Obras Públicas decretó escasez hídrica nuevamente en julio de 2021, por seis meses. Estos decretos establecen, entre otras cosas, que en periodos de sequía la DGA podrá redistribuir las aguas, extraer aguas superficiales o subterráneas desde cualquier punto y distribuir cauces en corrientes naturales o cauces artificiales en los que aún no se hayan constituido organizaciones de usuarios.

Desde 2008 se han promulgado 29 decretos de escasez hídrica en la región de Coquimbo. Los decretos van y vienen pero la única verdad para los comuneros de El Pangue es que cada vez hay que cavar más profundo para encontrar agua en sus napas, y las antiguas vertientes y quebradas de las que se alimentaban los arrayanes hoy están secas.

En este contexto de inédita y prolongada sequía, es que en diciembre de 2019 el Gobierno Regional de Coquimbo desarrolló y publicó el *Plan de Emergencia Hídrico 2019-2021: Región de Coquimbo*. El plan, bajo la dirección de la entonces intendenta Lucía Pinto, presentaba una serie de 68 iniciativas para combatir la sequía en la región, agrupadas en tres ejes de trabajo: Agua, Agropecuario y Social.

El plan tenía como objetivo general afrontar los efectos de la escasez hídrica, sobre todo mitigando los impactos en los territorios rurales, para dar respuesta a corto plazo a las demandas más urgentes y vitales de la población y a sus actividades productivas de mayor impacto. Según la información del Gobierno Regional los recursos anunciados para este plan provienen de diversas carteras, entre ellas el Ministerio del Interior, Obras Públicas, Agricultura y Desarrollo Social, concentrando un total de más de \$65.000 millones de pesos.

En el contexto de este plan de emergencia, el 6 de abril de 2020, la ex intendenta anunció que durante esa semana se concretaría la transferencia de más de \$1.600 millones de pesos hacia los municipios para que pudieran ejecutar medidas en apoyo a los más afectados por la escasez hídrica. Los recursos formaban parte del 5% de emergencia del Fondo Nacional de Desarrollo Regional (FNDR), que entonces ascendía a \$2.997 millones de pesos.

Esos \$1.600 millones de pesos correspondían a la iniciativa número 63 del plan de emergencia hídrica, titulada “Distribución Municipios Medidas Integrales”, que contemplaba cuatro líneas de apoyo: la alimentación familiar, alimentación de ganado, implementación para la conducción y almacenamiento de agua y horas de máquina para limpieza, despeje y mejoramiento de terrenos y canales y pozos.

Según la información entregada por el Gobierno Regional de Coquimbo, de esta iniciativa a la Municipalidad de Canela se le destinó el monto de \$121.220.000 pesos, según el acuerdo Core N° 9.807.

Sin embargo, lo que a primera vista parecía un salvataje importante para los municipios que sufren la sequía resultó no ser del todo cierto. Lo que para la opinión pública sonaba como un aporte adicional a los municipios aporreados por el déficit hídrico, no era más que un nombre rimbombante para hablar de recursos que año tras año ya se les destinaba a las municipalidades. Lo que cambió, al parecer, fue solo el nombre.

“Esos son los famosos recursos del 5% de emergencia del FNDR que son para eso, para emergencias. Pero en el último tiempo, de este 5% se saca para todo. Son tremendamente escasos, pero generalmente todos los años nos llegan estos recursos. Lo que cambia es el monto, pero no es algo que se empezó a hacer en 2020. El año pasado, con estos recursos pudimos apoyar un poco el transporte de pasto y de ganado, pero principalmente tuvimos que complementar lo que fueron las canastas de alimento del gobierno, las famosas canastas Covid, que no alcanzaban para todos. Cubrimos con las canastas Covid lo más que pudimos en el sector urbano, y con los recursos que eran para sequía complementamos lo que faltaba del sector urbano y el sector rural. Al final tuvimos una cobertura de casi el 100% en lo que

fueron las cajas de alimentos, pudimos repartir aproximadamente 1.400 canastas. Pero no alcanzó para mucho más”, explica el alcalde de Canela, Bernardo Leyton.

De los cuatro ítems para los que iban destinados estos recursos, alcanzó casi exclusivamente para cubrir las necesidades de alimentación familiar. La alimentación para el ganado, la implementación para la conducción y almacenamiento de agua y las horas de máquina que permiten la profundización de pozos quedaron postergadas. El presupuesto de emergencia para 2021 estaría corriendo la misma suerte, que según información de la municipalidad, a octubre de 2021, aún no se ha podido ejecutar debido a retrasos en la Dirección de Presupuestos del Ministerio de Hacienda,

Durante el segundo gobierno de Michelle Bachelet, el edil recuerda que llegaron aproximadamente 180 millones de pesos al municipio por concepto de emergencia para la sequía. “Este año (2021), del FNDR nos van a llegar 81 millones, que todavía estamos esperando se hagan efectivos, y tenemos que repartirlos en copas de almacenamiento de agua, mangueras para conducir aguas de las vertientes, alimentación animal, horas de máquina y alimentación humana. Y este año nos dijeron que teníamos que entregar cajas de alimentación solamente a las familias que están hasta el tramo de 60% en el registro social de hogares, disminuyendo las 1400 cajas que pudimos entregar en 2020 a 1300. Pero resulta que hoy día con el tema de la escasez y la alza de los precios de la canasta, la cotización de esta semana, puede que ya no sirva para la próxima. Entonces son recursos super limitados y van disminuyendo, pero los productos de primera necesidad, como comida y productos de aseo no han dejado de subir, lo que nos va a llevar evidentemente a atender menos necesidades con esos recursos”, explica el alcalde Leyton.

Según información entregada por el Gore Coquimbo, solo un 46% de las iniciativas (31) del plan de emergencia hídrica, que en un principio debía terminarse en 2021, están finalizadas. Otro 28% (19 iniciativas) están en proceso avanzado, y el 10% (7) se encuentra todavía en etapas preliminares. Mientras que un 16% se encuentra en problemas, ya sea por retiro de recursos, poca factibilidad o postulaciones fuera de bases.

El Ministerio de Obras Públicas informó que no contaba con los recursos comprometidos para la realización de algunas iniciativas, como la “Instalación de Telemetría en Sistemas APR”, que finalmente fue abordada con recursos de la Subsecretaría de Desarrollo Regional y Administrativo de Ovalle y Punitaqui. Mas no corrieron la misma suerte las iniciativas “Construcción de Pozos en Terreno fiscal y bien nacional de uso público para cabecera de canales”, “Mejoramiento integral de canales matrices existentes, Provincia

de Limarí (Etapa de factibilidad y diseño)” y “Construcción de Pretiles”, ya que el MOP terminó por no considerarlas dentro de su presupuesto.

De la misma forma, tres iniciativas del Instituto de Desarrollo Agropecuario (INDAP) que comprometían créditos han sido informadas con problemas para su ejecución. La iniciativa “Reprogramación de créditos reajustables” no se ejecutó debido a que el año 2020 todos los créditos fueron considerados no reajustables, por muy incomprensible que pareciese la medida en medio de una pandemia que dejó en profunda crisis económica a miles de familias. Las iniciativas “Crédito de emergencia INDAP” y “Condonación de deudas a deudores morosos” tampoco se realizaron ni se realizarán, debido a que no existen créditos directos que hayan sido consignados como emergencia este año, así como tampoco un programa de condonación.

Por último, la Comisión Nacional de Riego (CNR) informó que las iniciativas “Programa de Transferencia a la Inversión y Fomento al Riego en Zonas Rezagadas” y “Saneamiento y Regularización de Derecho de Agua en Limarí Bajo” tampoco estaban contempladas para realizarse durante 2021.

“A nosotros nos cuesta la vida que se desarrollen programas aquí porque o somos muy pocos o no sale rentable o estamos muy lejos. Motivos para darnos siempre sobran. Pero esta tierra tiene mucho potencial, lo único que nos falta es agua. El problema es que a casi todos en la región les falta agua, y entre invertir en una comunidad de 18 personas y una de 200, es obvio para dónde se van a ir las platas. Lo entendemos pero nos da rabia, porque si aquí tiras una semilla y la riegas esa semilla va a crecer. La tierra aquí no está muerta”, sentenció con tristeza Isidro Robles.

UN PROYECTO EN EL OLVIDO: RÍO DE LA UNIDAD

El problema del acceso al agua es un conflicto que acongoja a las comunidades de secano desde hace mucho tiempo. Y la realidad es que, en la práctica, son pocas las iniciativas en cuanto a infraestructura para abastecer de agua y potenciar el desarrollo del secano costero de la región de Coquimbo.

Durante el año 1970, bajo el gobierno de Salvador Allende, la Dirección General de Aguas del Ministerio de Obras Públicas planteó por primera vez en Chile el concepto del “Proyecto Río de la Unidad”. Este proyecto buscaba resolver a nivel nacional la cada vez más urgente necesidad de agua que apremiaba a los distintos territorios del país, sobre todo a las regiones del centro-norte del país, que sufrían desde entonces el cada vez más creciente déficit hídrico.

Fue tanta la fe que se le tuvo al proyecto que en 1970 la DGA conformó una oficina especial denominada “Oficina del Proyecto Río de la Unidad” (OPRU) encargada de llevar a cabo los estudios necesarios para darle vida a esta ambiciosa idea, que desde un principio se anunciaba como “un plan maestro para la mejor utilización del agua en Chile”.

El proyecto planteaba, a grandes rasgos, llevar aguas desde el río Melado en la región del Maule, pasando por las regiones de O’Higgins, Metropolitana, Valparaíso, Coquimbo y Atacama hasta llegar a la región de Antofagasta. Esto se haría a través de un conjunto de obras de distinta naturaleza que incluían embalses, canales y elevaciones con múltiples trasposos de agua entre cuencas. En resumen, las cuencas de los ríos que contaban con un superávit de agua proveerían de agua a zonas con escasez.

La intención de llevar a cabo este proyecto por parte de la DGA durante los primeros años de la década del 70 era bastante clara. Así lo demuestra la resolución n° 284 promulgada por la DGA en 1971, que aprobaba un convenio entre el Director General de Aguas, en ese entonces Héctor Fouquet Farías, y el ingeniero civil Amaro Grove Valenzuela, el proyectista de “Río de La Unidad”. El convenio establecía, entre otras cosas, que Grove, además de llevar la jefatura de los estudios, se encargaría de “la supervigilancia técnica de las obras durante su construcción; con este objeto deberá disponer del personal adecuado en calidad y cantidad de acuerdo con la magnitud de las faenas, lo que se determinará conjuntamente con la DGA”.

En julio y agosto de 1973 se firmaron dos convenios más, a través de las resoluciones N° 137 y la N° 145 de la DGA, con motivo de aumentar el anticipo de fondos para el contrato

del estudio de factibilidad “Río de la Unidad” y para el financiamiento de la OPRU por un monto de 3.000.000 de escudos de la época. La conversión a su valor actual resulta difícil debido a la inflación de la moneda en aquella época.

El proyecto no logró llevarse a cabo, quedando en relativo olvido. Y si bien no podría definirse con plena certeza que este proyecto hubiese beneficiado a la comunidad de El Pangue, en uno de los pocos documentos existentes sobre el proyecto, titulado “El sistema Río de la Unidad: Esquema Alternativo General de Análisis N° 101”, se plantea que en el tramo Aconcagua-Limarí, el trazado continuaría “desde el valle del Quilimarí hacia el Norte, próximo a la costa, atravesando el estero de Cavilolén y llegando al río Choapa, al que cruzaría mediante un sifón, para continuar, siempre próximo a la costa, hasta poco más al norte de Peña Blanca”. Lo anterior pareciera sugerir una ruta en la que comunidades de la provincia del Choapa cercanas a la costa podrían haberse visto beneficiadas del proyecto.

Además, en el mismo documento, se explicita que en el tramo Aconcagua-Limarí se consideraron tres alternativas de trazado posibles. Dos de ellas se desarrollarían próximos a la línea de la costa permitiendo el riego de unas 135.000 hectáreas situadas al norte del río Aconcagua y gran parte de las cuales se ubicarían en terrazas costeras.

PROYECTO CHOAPA

El proyecto Río de la Unidad no fue el único en tratar de abordar el conflicto de la sequía y la distribución de agua en la región de Coquimbo. En 1995, la Comisión Nacional de Riego (CNR) le encargó a la empresa de ingeniería Ingendesa desarrollar a nivel de factibilidad el *Estudio Integral de Riego: Proyecto Choapa*.

Este estudio, probablemente el más completo en cuanto a plantear soluciones de riego y abastecimiento de agua para la provincia del Choapa, tenía como objetivo principal formular un programa de desarrollo integral de los recursos naturales disponibles en esa vasta zona de la región de Coquimbo.

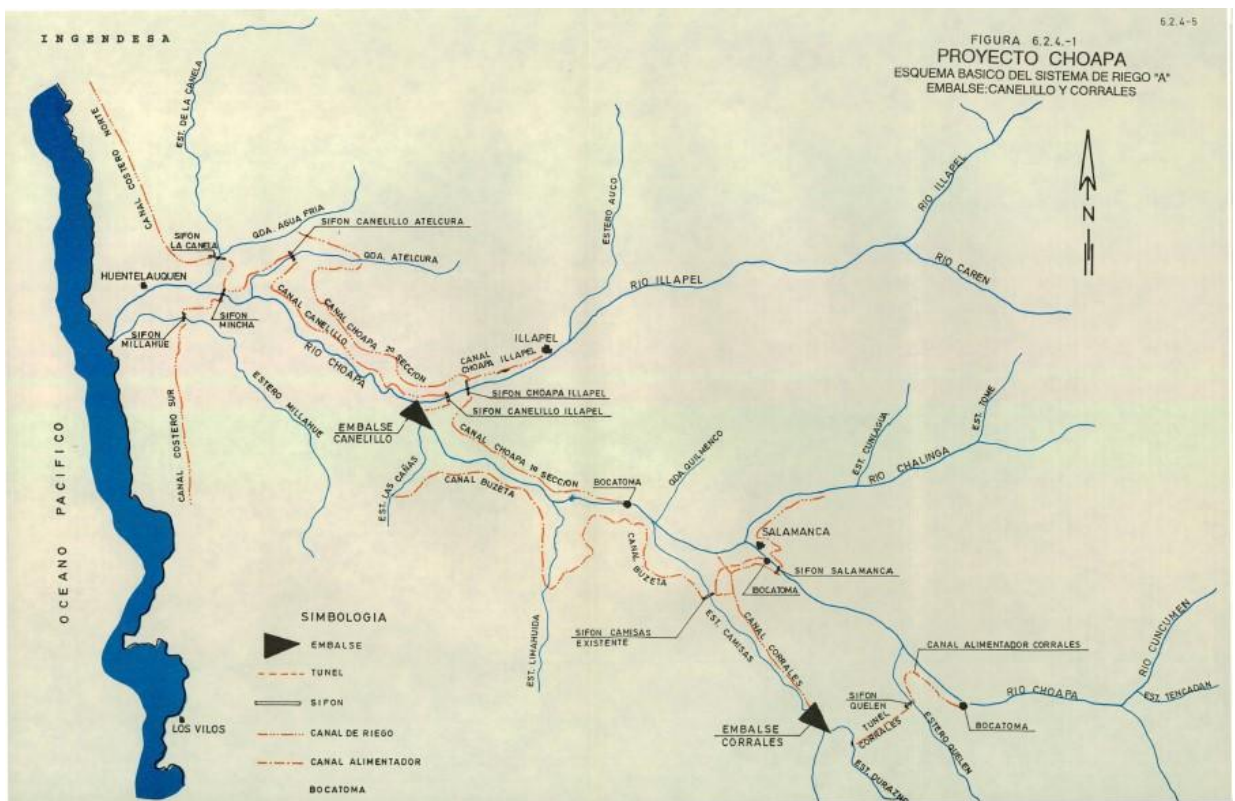
Uno de los diagnósticos preliminares de este estudio fue que, en general, la zona agrícola de la hoya del río Choapa y sus afluentes se caracterizaba por una ausencia casi total de obras de regulación e infraestructura hídrica. Quizás por esto se anunciaba como un estudio de máxima importancia, pues él podría haber conducido a que prácticamente la totalidad del rico potencial agrícola existente en la hoya del río Choapa se incorporase al área regada del país.

El proyecto comprendía las superficies aprovechables agrícolamente de los valles de los ríos Choapa, Illapel, Chalinga, Millahue, Cuncumén, Camisas y otros afluentes, además de las terrazas litorales comprendidas entre Chigualoco y Talinay. El área total cubría aproximadamente unas 140.000 hectáreas, incluidos algunos sectores de cerros de las comunas de Illapel, Los Vilos y Canela. Para 1995 la superficie potencialmente regable de esas tierras ascendía a unas 26.150 hectáreas, de las cuales sólo 15.867 se regaban, y solo con una baja seguridad de riego, que en promedio no superaba el 50%.

Entre todos los sistemas de riego planteados y analizados en el estudio, el denominado “Sistema de Riego A” fue el que se resolvió como más rentable y conveniente a ejecutar para poder llevar a cabo el ambicioso proyecto. Con él se lograría regar, con una seguridad del 85%, 22.948 hectáreas. Lo anterior incluye gran parte del “Área Canela”, aproximadamente 2.827 hectáreas ubicadas en el sector denominado de las “Comunidades”, debido a la alta presencia de comunidades agrícolas en esa área. Pese a lo anterior, todavía quedarían rezagadas algunas zonas del valle del estero Canela. Sin embargo, según los análisis de la época, aún existía agua para regar otras superficies no incluidas en el sistema de Riego A.

Si bien no se podría asegurar que El Pangue se hubiese llegado a beneficiar directamente del sistema anteriormente descrito, ya que las obras llegaban hasta la quebrada de Agua Fría, todo pareciera indicar que podría haberlo hecho:

“Los suelos actualmente de secano que se incorporarán al riego son: las terrazas altas ubicadas entre la vertiente norte del valle del Choapa y las quebradas de Atelcura, Agua Fría y el estero Canela, algunas terrazas en el sector sur-poniente del Choapa y los terrenos regables de los Interfluvios Costeros. Se ha considerado la incorporación de alrededor de 7 mil hectáreas regables, ubicadas en los sectores señalados”, señala el documento de más de 3.400 páginas.



Sistema de Riego A. Fuente: Estudio Integral de Riego Proyecto Choapa

Incluso, aunque el El Pangue no hubiese estado considerado en una primera instancia como territorio beneficiario de este nuevo plan de riego, al ser vecina de la comunidad de Agua Fría Baja, con una distancia que no supera los 8 km, concebir una obra complementaria para hacer llegar agua no resulta del todo descabellado.

“Se podría haber trazado un canal”, piensa el antiguo habitante de El Pangue, Ramón Valencia.

Pero, el estudio fue un paso más allá y se atrevió a plantear un sistema complementario que solucionaría el problema del agua para las comunidades que

habitan hacia el norte de Agua Fría hasta el pueblo de Canela Alta. Con el fin de aprovechar el recurso hídrico al máximo, se definió el “Subsistema Canela”. Este proponía la construcción del canal Choapa-Canela. Lo anterior implicaría la ampliación del canal Choapa -que en el Sistema de Riego A llegaba hasta Agua Fría- y su extensión por más de 50 kilómetros hacia el norte, hasta las cercanías del pueblo de Canela Baja. Desde ese punto el agua se llevaría mediante bombeo y conducción por ductos a presión hasta sectores aledaños al pueblo de Canela Alta.

El Subsistema Canela hubiese servido al riego seguro de 1.229 hectáreas que pertenecen, principalmente, a los pequeños agricultores de riego precario que se ubican en el valle del estero La Canela y a extensas terrazas regables, pero de secano absoluto en la actualidad, que pertenecen a varias comunidades agrícolas, campesinos agricultores que se ubican entre los de mayor grado de pobreza en el país.

Pese a las buenas intenciones, a priori se visualizó la escasa factibilidad económica de este subsistema, debido a las altas inversiones que las obras señaladas implicaban en relación a la superficie a cubrir. El subsistema se estudió de todas formas por razones sociales, y pese a que no era rentable por sí solo, si se integraba al Sistema de Riego A, el conjunto sí podía ser económicamente ventajoso. También se concluyó que en el valle del río Choapa, utilizando el Sistema de Riego A en conjunto con el Subsistema Canela, se podía regar económicamente un 92,5% de la superficie potencialmente regable.

En la actualidad, del grueso de obras que planteaba el *Estudio Integral de Riego: Proyecto Choapa*, solo se ha llevado a cabo el embalse Corrales y sus obras anexas. Por su parte, el embalse Canelillo, que proveería de agua a algunos sectores de las comunas de Canela e Illapel, se encuentra a puertas de entrar a una etapa de factibilidad en la Dirección de Obras Hidráulicas (DOH), que se pronostica para 2022. Sin embargo, los tiempos que pueden pasar desde que se ingresa un estudio hasta que este termina de llevarse a cabo son largos, al nivel de décadas.

Jaime Yáñez, coordinador de la Unidad de Políticas de la Comisión Nacional de Riego, explica porqué los procesos de construcción de grandes obras suelen tomar tanto tiempo: “Si un estudio no tuviera tiempos muertos entre medio, entre que se empieza a estudiar una idea y comienza el proceso de construcción, probablemente pasarían 12 o 13 años. Eso es considerando que no hubiese tiempos muertos, cosa que en la práctica, en el sector público no ocurre. Entonces, hoy se están haciendo embalses que se idearon en los años 50-60”.

Otro factor que ha alargado los tiempos en que se desarrollan las grandes obras es que cada vez se ha vuelto más complejo su proceso. En las últimas décadas se han sumado nuevas aristas a considerar antes de construir, como son la opinión de las comunidades afectadas, los posibles efectos sobre la flora y la fauna en los ecosistemas donde se desarrollará el proyecto, o si el lugar forma parte de alguna reserva ecológica, sitio arqueológico, o tierras indígenas, por ejemplo.

El coordinador de la CNR explica que el proceso, desde que se inicia el análisis de la idea del estudio, puede tomar un año. Después de eso viene un proceso de prefactibilidad que suele durar unos 18 meses. Luego pasa a la factibilidad, donde el punto que mejor resulte en términos socioeconómicos se va detallando. Esta etapa la hace la DOH, y una vez que ya esa factibilidad da buenos resultados, viene el diseño propiamente tal de la obra, que toma aproximadamente entre dos a tres años, hasta llegar a la construcción, que demora entre cuatro a cinco años. Esto es sin considerar todos los procesos intermedios que se van dando en la mayoría de las etapas, que pueden sumar varios años más a los proyectos.

Si bien el embalse Canelillo representa un avance, en cuanto llevará agua a sectores excluidos por décadas en la región, su finalización está prevista recién para 2027. Además, para que se incorpore el sector alto de Canela e Illapel, como Tunga Norte, Las Barrancas, Mincha Norte, Atelcura, Cabra Corral, Agua Fría Baja o El Pangue, se requeriría impulsar obras complementarias al embalse, las que dependerán de las prioridades presupuestarias que tengan las distintas instituciones y de la hidrografía del momento. Y, como un relato que muta con lentitud, la incertidumbre sobre el agua no deja de ser una constante para los habitantes de El Pangue.

Esta incertidumbre fue, entre varias razones más, lo que orilló al último comunero joven de El Pangue a dejar la comunidad, ya de manera definitiva.

Rodrigo Rojas, hijo de Alberto Rojas y Rosa Castro, fue el último joven en irse de El Pangue. Vivió en la comunidad hasta 2019, luego de que sus tíos Armando Pereira y Vitalia Guerra, que prácticamente lo criaron, murieran. El joven de 34 años migró. Se fue a Ovalle, donde antes, durante sus tempranos veintitantos, había trabajado como temporero sacándole leche a las cabras y haciendo queso. Allí conoció a Karina. Eran jóvenes, se enamoraron, y Karina incluso vivió un par de años con Rodrigo en El Pangue, antes de que se fueran definitivamente a Ovalle. Juntos tienen una pequeña, Escarlet, que ya cumplió los 5 años.

Rodrigo es categórico al decir que si las circunstancias hubiesen sido otras no se hubiera ido de El Pangué. Él quiere esas tierras que lo vieron crecer, pero no hay trabajo, no hay salud, no hay escuela. El Pangué que conoció ya ni siquiera es lo que era. Está seco.

“Si hubiese habido trabajo yo me quedaba, pero mi hija tiene que educarse, la escuelas están lejos, y ya ni los animales se pueden mantener como se hacía antes, los años están cada vez más malos. Es difícil, pero hay que vivir, y eso en El Pangué ya no se puede, menos con familia”, concluye.

Mientras tanto, el resto resiste. Los mayores ya adaptados a esas tierras de secano se niegan a abandonarlas. La sequía los consume, los animales se mueren pero son sus tierras, las conocen y los vieron crecer, y en ellas se quedarán, hasta la última gota. Hasta que se vuelva imposible.

BIBLIOGRAFÍA

Armijo, G. Cubillos, F. [s.a] Campesinos Comuneros de Canela (IV Región) Pobreza y marginalidad al interior al interior del modelo neoliberal.

Centro AGRIMED Facultad de Ciencias Agronómicas Universidad de Chile (2014) Atlas del cambio climático en las zonas de régimen árido y semiárido.

Centro de Ciencia del Clima y la Resiliencia (2015) Informe a la Nación. La megasequía 2010-2015: Una lección para el futuro.

Cifuentes, P. Espinosa, X. en Kilómetro Cero (2019) Robo de ganado: SAG contribuye al alza de este delito.

Comisión Nacional de Riego, Ingendesa (1995) Estudio Integral de Riego: Proyecto Choapa

Dirección General de Aguas (1972) Río de la Unidad y Río de la Liberación.

Dirección General de Aguas (2021) Boletín N°521: Información pluviométrica, pluviométrica, estado de embalses y aguas subterráneas.

Fundación Chile, Fundación Futuro Latinoamericano y Fundación Avina. (2018) Radiografía del Agua. Brecha y riesgo hídrico en Chile.

Gobierno de Chile Inproa (2010) Plan de Desarrollo Comunidad Agrícola El Pangue.

Gobierno Regional de Coquimbo (2019) Plan Emergencia Hídrica 2019-2021. Región de Coquimbo.

Maino, V. (2015) Trashumancia en el Valle del Choapa.

Ministerio de Agricultura. (1968) DFL-5: Modifica, complementa y fija texto refundido del D.F.L R.R.A N°19, Comunidades Agrícolas.

Ministerio de Bienes Nacionales [s.a] Ley de Comunidades Agrícolas.

Ministerio de Desarrollo Social (2018) Informe de estimaciones comunales de pobreza, con datos de Casen 2015.

Ministerio de Obras Públicas. (2021) Decreto M.O.P N°125: Declara Zona de Escasez a la región de Coquimbo.

Ministerio de Salud (2018) Decreto 41. Reglamento sobre condiciones sanitarias para la provisión de agua potable mediante el uso de camiones aljibe.

Ministerio de Salud (2018) Decreto 41: Reglamento sobre condiciones sanitarias para la provisión de agua potable mediante el uso de camiones aljibe.

Ministerio del Interior y Seguridad Pública (2015) Sistematización de Buenas Prácticas en Mitigación de Riesgos

Oficina del Proyecto Río de la Unidad (1972) El sistema Río de la Unidad: Esquema Alternativo General de Análisis N° 101

Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación (2010) Gestión del riesgo de sequía y otros eventos climáticos extremos en Chile. Estudio Piloto sobre Vulnerabilidad y la Gestión Local del Riesgo. Informe Región de Coquimbo

Pica-Téllez, A. Garreaud, R. Meza, F. Bustos, S. Falvey, M. Ibarra, M. Duarte, K. Ormazábal, R. Dittborn, R. & Silva, I. (2020) Informe Proyecto ARCLim: Atlas de Riesgos Climáticos para Chile.

Ramírez, I. (2003) Evolución y perspectivas de la producción caprina en la IV región de Coquimbo, en Dinámicas de los sistemas agrarios en Chile árido: La región de Coquimbo.

Schneider, N (2006) Comunidades agrícolas de la Región de Coquimbo Chile, Tenencia ancestral y colectiva de la tierra versus la llegada de nuevos vecinos y nuevos comuneros.

Squeo, F. (2000) Libro rojo de la flora nativa y de los sitios prioritarios para su conservación: Región de Coquimbo.

The Intergovernmental Panel on Climate Change (2021) Climate Change 2021. The physical science basis.

Wilkins, J. Greene, F. (2014) Comunidades Agrícolas: Antecedentes generales y jurídicos